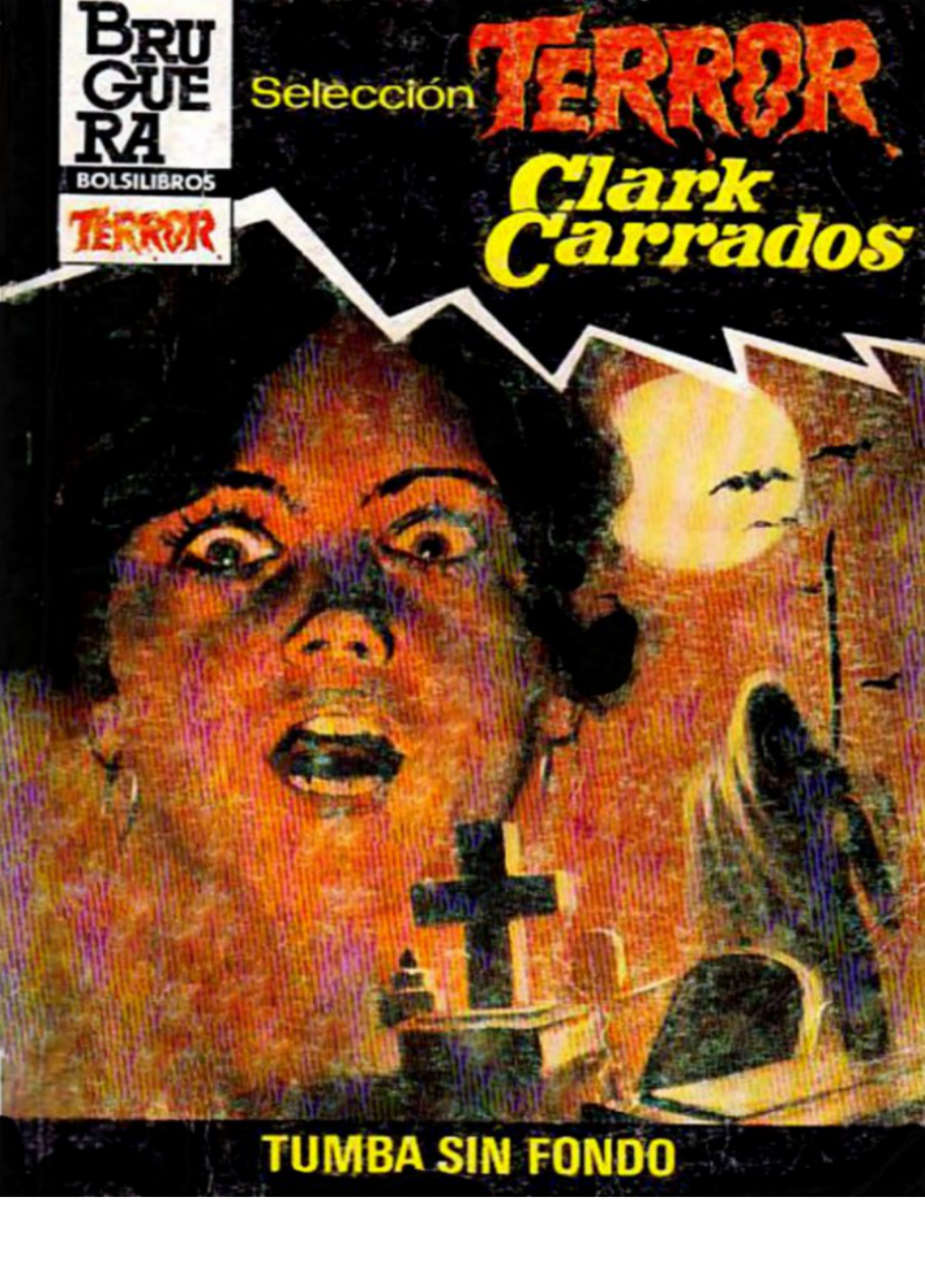

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Clark Carrados
TUMBA SIN FONDO



CLARK CARRADOS

TUMBA SIN FONDO

Colección SELECCION TERROR n.° *532* Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA • BOGOTA - BUENOS AIRES • CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

527 — A gritos, me pedirás morir. *Ada Corerti.*

528 — El lama negro. *Ralph Barby*.

529 — Post Mortem. *Frank Caudett.*

530 — Más allá del sepulcro, *Curtis Garland.*

531 — La llamada de los muertos, *Adam Sunay*.

ISBN 84-02-02506 4 Depósito legal: B. 9.428 1983
Impreso en España - Printed in Spain

1. 1. a edición: mayo. 1983
2. 2. a edición en América: noviembre. 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con per-sonajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Cubierto con el recio chaquetón de paño, Blane Moodson caminaba sin prisas a través del páramo, en el que sólo crecían la hierba y algunos brezos raquíticos. El viento, áspero y cortante, llegaba del mar y traía olor a sales y a yodo. En el cielo, las nubes, grises y plomizas, corrían velozmente, mientras las gaviotas y otras aves marinas revoloteaban alborotadamente, emitiendo constantes graznidos, que parecían el preludio de una inminente tempestad.

La costa, en aquellos parajes, era terriblemente escarpada. En algunos puntos, la distancia del borde a las rocas donde rompía el mar con incesante fragor, superaba ampliamente los cien metros.

El paisaje era más bien deprimente. Bajas colinas, de suaves pendientes, ligeras depresiones en el suelo y ni un árbol en muchos cientos de metros a la redonda. Pero, al mismo tiempo, poseía un encanto indefinible, un aspecto extrañamente atractivo, y Moodson se sintió, pese a todo, relajado y lleno de una calma como no la había tenido desde muchos meses antes.

De pronto, cuando estaba a unos ciento cincuenta metros del borde de los acantilados, vio una extraña construcción, una especie de cerca de piedra, semiderruida, que parecía indicar la existencia, en tiempos muy remotos, de alguna tribu de pobladores primitivos, tal vez del Paleolítico superior.

La estructura tenía forma aproximadamente circular y su diámetro era de unos diez metros. Intrigado, Moodson se acercó a aquel lugar.

La altura de la cerca no sobrepasaba el metro y su espesor era de la mitad. Moodson se inclinó al otro lado y entonces vio algo que le hizo sentirse lleno de asombro.

Delante de sus ojos tenía la abertura de un enorme pozo, que parecía alcanzar una gran profundidad. El borde del pozo alcanzaba casi a la base del cercado de piedra. Su anchura, calculó Moodson, no era inferior a los ocho metros.

Dada su postura, no podía ver gran cosa más, por lo que se dispuso a pasar al otro lado.

Entonces, con gran sorpresa por su parte, oyó una voz a corta distancia:

—-¡No se asome ahí, señor! —dijo un hombre-—. Si se cayera a ese pozo, no llegaría jamás al fondo.

Moodson se volvió vivamente y divisó a un sujeto de mediana edad, con barba entrecana y ataviado de un modo muy peculiar.

Cerca del hombre pastaban algunas ovejas. Un lanudo can, blanco y negro, vigilaba atentamente las evoluciones del ganado.

El pastor y su rebaño habían surgido de una hondonada cercana, sin que él lo hubiese advertido. Moodson emitió una sonrisa de circunstancias.

—No sabía que existieran pozos sin fondo —manifestó—. Eso es imposible; por muy profundo que sea un pozo, siempre tiene su final, ¿no le parece?

—Era una frase, señor —contestó el pastor—. Lo que sucede es que nadie ha llegado jamás al fondo de ese pozo; por eso se dice que no lo tiene.

—Comprendo. De todos modos, seguiré su consejo y no me asomaré al borde. A propósito, me llamo Blane Moodson.

—Yo soy Russ Paxton, propietario de ese pequeño rebaño que tiene ante sus ojos, señor Moodson. Usted es forastero aquí, supongo.

—Ciertamente, señor Paxton. He venido a pasar una temporada de descanso en Buthbury y hoy salí a dar un paseo, a fin de estirar las piernas. Eso es necesario cuando se pasa mucho tiempo detrás de una mesa de despacho.

Paxton hizo un gesto con la cabeza.

—Sin duda, vive en Londres. Es una ciudad muy hermosa, pero prefiero el campo, con todos sus inconvenientes. ¿Se aloja en algún hotel, señor?

—No. Contraté el alquiler de una casa, la de la viuda MacBell. Lo prefiero a una habitación del hotel. La señora MacBell me habló de una mujer para que me haga de asis- tenta durante el día y mañana trataré con ella.

—Eso está bien pensado —aprobó Paxton—. Usted dirá sin duda que soy un tipo curioso, pero es que en mi oficio se tienen pocas ocasiones de charlar con la gente.
¿Piensa quedarse mucho tiempo en Buthbury?

—Aún no lo sé, pero puede dar como seguro un mínimo de cuatro semanas.

—Usted es joven todavía, pero le faltan glóbulos rojos en la sangre. Necesita una temporada de aire puro, descanso y buena alimentación. Eso le pondrá como nuevo, créame.

—Es precisamente lo que pienso hacer —sonrió Moodson—. Oiga, yo también soy muy curioso en ocasiones. ¿Por qué no cubren este pozo, a fin de evitar posibles accidentes?

Paxton se encogió de hombros.

—Es cosa del dueño —respondió.

—El municipio, sin duda, podría obligarle a que hiciese la obra.

—Este pozo se halla en terrenos privados y no pertenece, además, al municipio. Por si fuese poco, hay un litigio pendiente por la propiedad de las tierras. Cada uno de los liti- gantes alega sus derechos a los terrenos y el problema no se ha resuelto todavía.

—Ah, hay un pleito...

—Sí. Los litigantes son Bridget Courtney y Félix Dohane. Es un asunto bastante complejo y el juez no ha podido encontrar todavía una solución justa.

—Señor Paxton, en su opinión, ¿quién es el auténtico propietario?

—Personalmente, pienso que es la señorita Bridget. Pero no estoy muy seguro, sobre todo, si se piensa que el señor Dohane es descendiente directo del hombre que perforó el pozo.

Moodson sonrió.

—Extraño capricho, perforar un pozo sin fondo. Si eso fuese cierto, todavía habría hombres sacando tierra de allá abajo.

—Hay muchos rumores, señor Moodson. Algunos dicen que el constructor del pozo lanzaba aquí los cuerpos de los mineros díscolos que se rebelaban contra un trato inhumano. Algunos aseguran que son cientos los esqueletos que debe de haber allá abajo...

—De modo que había una mina, con un propietario...

Paxton se volvió y señaló una lejana colina, en la que parecían adivinarse restos de antiguas estructuras.

—La mina estaba allí y era de estaño. Sir Brian Dohane era el propietario y se dice que

tenía empleados a más de quinientos hombres, en una especie de esclavitud verdadera- mente horrible. Pero eso ocurrió a finales del siglo XVIII y...

El pastor levantó la vista al cielo y guiñó los dos ojos sucesivamente.

—Perdone, señor, pero se me está haciendo tarde. He de recoger las ovejas antes de que se haga de noche y aún me quedan un par de millas. He tenido mucho gusto en conocerle, créame.

—Digo lo mismo, señor Paxton —sonrió el joven.

Paxton silbó al perro y éste empezó a apremiar a las ovejas. Al cabo de unos segundos, Moodson decidió emprender el regreso al pueblo.

También él tenía un par de millas por delante... y mucho tiempo para conocer la leyenda sobre aquel pozo que no tenía fondo.

* * *

Cuando llegaba a las inmediaciones de Buthbury, se produjo un inesperado encuentro.

Una mujer, alta, muy esbelta, surgió de repente de la esquina de una tapia de bastante elevación. Vestía pantalones ocultos y un chaquetón corto de pieles. Los cabellos, inten- samente negros, estaban cubiertos por un gorro de punto de color rojo vivo.

En la enguantada mano derecha sostenía la cadena de un enorme can, de pelo rojizo.

«Un extraño color para un perro gran danés», pensó Moodson de inmediato.

Ella se detuvo también, no menos sorprendida por hallarse súbitamente frente a un desconocido. El perro, plantado sobre sus enormes patas, fijó sus glaucas pupilas en el rostro del joven.

Moodson se mantuvo inmóvil, para no ofrecer al can la oportunidad de un ataque inesperado. Ella afirmó su mano en la correa que sujetaba al animal.

—Discúlpeme, señora; no era mi intención asustarla —dijo, a la vez que se destocaba cortésmente.

—Quizá yo también lo he asustado a usted —sonrió la joven—. De todos modos,.

«Shank» es bastante manso y no atacaría sin una orden mía, aunque, lógicamente, se siente receloso ante un desconocido.

—En tal caso, voy a dejar de serlo —contestó él—. Me llamo Blane Moodson, vecino por una temporada de Buthbury.

—Soy Bridget Courtney —se presentó ella—. Encantada de conocerle, señor Moodson.

—He tenido mucho gusto, señorita.

Moodson vaciló un poco. Bridget se dio cuenta de los motivos de sus dudas y tiró de la cadena del perro.

—Había sacado a «Shank» para que diese un paseo. Con su permiso, continuaremos...

—Muchas gracias, señorita Courtney.

Bridget y el perro se alejaron hacia el exterior del pueblo. Moodson meneó la cabeza.

—Una extraña casualidad —murmuró—. Ella es la dueña del pozo sin fondo... o uno de los dos aspirantes a su propiedad. Pero ¿quién diablos puede querer un hoyo en el suelo, por muy profundo que sea?

Poco después, llegaba a su casa. Encendió la chimenea, preparó la pipa y se dispuso a gozar de un merecido descanso junto al fuego, en compañía de una copa de whisky y un libro. Pero, apenas se habían acomodado, llamaron a la puerta.

Al abrir, vio a una mujer de mediana edad parada ante el umbral.

—¿El señor Moodson? —dijo ella.

—Sí, yo mismo. ¿En qué puedo servirla, señora?

—Soy Zoé Hicks, señor. Abbie MacBell me aconsejó hablase con usted para el empleo de asistenta.

Moodson estudió durante unos momentos a la mujer. Zoé aparentaba unos cincuenta años y se la veía robusta y saludable, además de limpia, no obstante la modestia de su indumentaria. En sus cabellos castaños, pulcramente peinados no se advertía aún una sola cana.

Sonriendo, se echó a un lado.

—Pase usted, señorita Hicks —invitó—. Creo que es usted la mujer apropiada para ese puesto y podemos empezar a discutir las condiciones inmediatamente.

No hubo problemas. El acuerdo se estableció rápida y satisfactoriamente para ambas partes, aunque luego Moodson dijo que un par de horas al día le parecían insuficientes.

—Si no tiene familia, puede venir y quedarse fija, aunque, desde luego, no le señalaré un horario determinado. Podrá entrar y salir cuando le apetezca. ¿Qué le parece, Zoé?

—Iba a proponérselo al señor —sonrió Zoé—. Tengo una hija, ciertamente, pero está casada y reside en Edimburgo con su marido. Aquí estoy sola y me sentiría mucho mejor quedándome con usted en la casa.

—Entonces, no se hable más. Puede venir cuando más le guste y empezar en el momento que prefiera.

—Ahora mismo, señor. Le prepararé la cena... ¿Tiene usted algún gusto especial? Moodson hizo un gesto con la mano.

—Lo dejo a su discreción, señora Hicks —respondió. Ella empezó a quitarse el abrigo.

—Llámeme Zoé, señor —indicó—. Luego revisaré la casa y... perdone el señor, pero, aunque Abbie es buena amiga mía, para los asuntos domésticos resulta un tanto descuidada. Con su permiso, señor.

Zoé se alejó hacia la cocina. Moodson empezó a pensar que había hecho una buena adquisición. Se arrellanó en el sillón y comenzó la lectura, mientras saboreaba el humo del tabaco que se consumía en la cazoleta de su pipa.

Iba a pasar una buena temporada de descanso, alejado del ruido

y del bullicio de la gran urbe. Cuando regresara a Londres, estaría convertido en un hombre completamente nuevo. Aunque la época no fuese demasiado propicia en cuanto al tiempo, Buthbury era el lugar ideal para descansar y olvidarse de todos sus problemas que, por otra parte, ya habían sido felizmente resueltos.

Además, tenía el posible aliciente de ser el espectador en el litigio que sostenían Bridget Courtney y Félix Dohane. Inmediatamente, decantó sus simpatías por aquella hermosa muchacha.

Pero una dosis de sentido común le hizo refrenar tales sentimientos, apenas concebidos.

—Una cara bonita no es siempre sinónimo de razón y de justicia —se dijo sensatamente.

CAPITULO II

Aquel día había salido el sol y reinaba una temperatura sumamente agradable. Moodson dio un largo paseo hasta el lugar donde se hallaba el pozo sin fondo y, al llegar allí, miró un poco desde el borde, contemplando la negra oquedad que se abría al otro lado de la cerca de piedra. Tras unos momentos de vacilación, contuvo los deseos que sentía de pasar al otro lado para ver mejor el interior del enorme pozo, del que sólo podía contemplar las paredes más cercanas a la abertura, rugosas y llenas de entrantes y salientes. Le pareció ver unos peldaños de hierro, sujetos a la pared, pero su postura era un poco forzada y no quiso seguir mirando más.

El sol calentaba bastante y había cesado el tempestuoso viento de los días anteriores. El mar estaba mucho más calmado, pero siempre había espumas blancas en las rompientes de la base de los acantilados. Rodeó en parte la cerca y se sentó al pie, en un lugar donde el sol daba directamente. Encendió su pipa, fumó durante un rato y luego, atraído por el encanto del lugar y por el ambiente tan agradable, cerró los ojos.

Casi se durmió y cuando abrió los ojos de nuevo, no estaba seguro del tiempo transcurrido. Sentíase invadido por una dulce languidez, que le hizo desear que aquellos momentos se prolongasen hasta la eternidad.

Pero al cabo de un buen rato, decidió que no podía permanecer allí eternamente. Iba a levantarse cuando, de pronto, sonó una voz áspera al otro lado de la cerca.

—Lárguese de mis tierras, entrometido —dijo alguien, evidentemente muy irritado—.

Usted no tiene derecho a estar aquí...

—Estas no son sus tierras y yo puedo estar aquí todo el tiempo que se me antoje — contestó el otro sujeto.

Moodson decidió permanecer donde estaba y en la misma posición. Los dos hombres que discutían tan agriamente no le habían visto y no sentía el menor deseo de hacer saber su presencia en aquel lugar, a menos que le resultase inevitable.

—Jared Kipple, es usted un sujeto con una lengua demasiado fácil y yo voy algún día a hacérsela tragar hasta que le llegue a sus cochinas tripas. Repito que se marche de aquí.

—No quiero. Puedo estar en este maldito lugar y estaré todo el tiempo que quiera. Además, todavía no es suyo; aún no se ha atribuido la propiedad legalmente a ninguna de las dos partes en litigio. Por otra parte, yo pienso que ella es la dueña de estos terrenos.

—¡Absurdo! —dijo el primero, riendo acremente—. La propiedad ha sido siempre nuestra, de la familia...

—La familia de chupasangres y vampiros, que han explotado a miles de infelices durante siglos, y cuando ya les había extraído todo el juego, arrojaban aquí sus cuerpos para ahorrarse incluso el salario de un enterrador.

—¡No diga eso, Kipple!

—Diré lo que me parezca, señor Dohane, y cuando me apetezca, vendré por aquí...

¡Cuidado, tengo una escopeta y no me gustaría usarla!

Moodson entendió que Dohane, el otro litigante mencionado por el pastor, había hecho algún gesto amenazador. Kipple, por lo visto, había salido a cazar alguna liebre y te- nía su escopeta en la mano.

—Puede que algún día le haga tragarse sus palabras —dijo Dohane, conteniendo

difícilmente la cólera que sentía—. Tiene usted un arma y eso le hace sentirse superior a mí, pero ya llegará el momento en que las fuerzas estén niveladas. Entonces, veremos, Jared Kipple.

—Sí, veremos. Y ya me marcho, pero no porque me lo mande usted, sino porque no quiero desgraciarme, llenándole de plomo su sucia barriga.

Moodson creyó oír unos pasos que se alejaban. Luego, de pronto, percibió la voz de Kipple una vez más:

—Y, a propósito, señor Dohane, usted compró la propiedad de Peggy Barstow, pero

¿cuándo piensa pagarla?

Kipple se despidió con una burlona carcajada. Al otro lado de la cerca sonó una espantosa maldición.

—Me las pagarás... —oyó el joven a Dohane.

Transcurrieron unos minutos. Moodson supuso que Dohane se habría marchado ya y se dispuso a abandonar el lugar. De repente, sonó el ruido del motor de un automóvil que se acercaba a aquellos parajes.

El sonido se apagó a los pocos instantes. Moodson captó una vez más la voz de Dohane.

—Ha tardado usted mucho, señor Heard —dijo.

—Lo siento, no me ha sido posible venir antes. Además, me dieron unas indicaciones equivocadas y he tenido que rehacer todo el camino.

—Está bien, dejémoslo. Lo importante ahora es que está aquí y que puede ver personalmente la obra que quiero encargarle. Mire esa cerca y dígame lo que le parece.

Hubo un instante de silencio. Luego, el recién llegado dijo:

—Se puede hacer. No hay especiales dificultades, excepto en el acarreo de materiales.

—La quiero de piedra y de cinco metros de altura, con una puerta en la base. La puerta será de hierro y con cerraduras de seguridad. ¿Lo ha entendido, señor Heard?

—Perfectamente. Tendrá usted su cerca y su puerta de seguridad, pero no mañana precisamente.

—¿Cuánto tiempo?

Moodson entendió claramente que Heard estaba haciendo cálculos.

—Un par de semanas, a partir del momento en que llegue el primer camión con la carga de piedras. Ha de tener en cuenta también que es preciso utilizar un camión cisterna para el transporte del agua que se usará con el cemento, más la hormiguera, más el generador... Pero una vez que esté todo aquí, dos semanas, repito.

—Muy bien, no se hable más. Empiecen cuando gusten, señor

Heard.

-—Un momento, señor Dohane. Parece que olvida usted algo muy interesante...

—Oh, perdone, estaba un poco distraído... Aquí tiene un cheque como anticipo a cuenta. La próxima vez que nos veamos, tendrá la bondad de entregarme un presupuesto definitivo.

—No faltaríamos. ¿Quiere un recibo por el cheque?

—Confío en su palabra —se despidió Dohane escuetamente.

El ruido del motor sonó de nuevo y se alejó hasta que el silencio volvió nuevamente a la campiña. Pasado un rato, Moodson se atrevió a ponerse en pie.

Nadie había advertido su presencia en aquel lugar y se sintió muy satisfecho. Sin embargo, se había enterado de algunas cosas que le parecieron interesantes.

Dohane había discutido con alguien que parecía su enemigo. Por otra parte, debía dinero a una tal Peggy Barstow. Además, pretendía cercar el pozo, para que nadie se asomara al borde... pero ¿qué objeto tenía construir un muro circular nada menos que de cinco metros de altura?

Habría tiempo para averiguarlo, se dijo, mientras emprendía el regreso a Buthbury.

* * *

La casa que había alquilado tenía un pequeño jardín que la rodeaba por completo. Estaba sentado junto a la chimenea, leyendo plácidamente, cuando, de pronto, percibió un pequeño alboroto en el exterior.

—¡Fuera de aquí, chucho! ¡Vete, perro miserable; me estás estropeando todas las plantas...!

Moodson sonrió, mientras dejaba el libro a un lado y se ponía en pie. Atraído por la curiosidad, fue a la cocina y, desde una de las ventanas, presenció una escena singular.

Zoé estaba frente a «Shank», el cual, echado sobre un trozo cubierto de césped, mordisqueaba perezosamente unos tallos, sin hacer caso de las enérgicas imprecaciones de la mujer. Por otra parte, era evidente que Zoé no se atrevía a usar la fuerza con aquel enorme animal, que desdeñaba olímpicamente sus órdenes para abandonar un lugar en el que, por lo visto, se encontraba tan a gusto.

En el mismo instante, vio asomar por el otro lado del seto que separaba la propiedad contigua a la dueña del perro.

—¡Aquí, «Shank»! —llamó Bridget.

Moodson se sintió acometido por un impulso irresistible y salió al jardín. Ella le vio y se ruborizó de inmediato.

—Dispense, señor Moodson —dijo—. Mi perro ha atravesado el seto, en un lugar donde hay un agujero...

—No tiene importancia, señorita —sonrió el joven—. Se ve que le gusta más la hierba de este jardín, cosa extraña, porque yo siempre creí que los perros preferirían un buen hueso.

Bridget sonrió también.

—A veces, «Shank» es un poco caprichoso —contestó—. Señora Hicks, perdone mi descuido...

—No se preocupe —contestó Zoé—. Ahora ya tiene a quien pedirle disculpas. Con su permiso, señor; tengo trabajo en casa.

Moodson se acercó al seto. «Shank» se levantó un instante, le olfateó varias veces y luego regresó junto a su ama.

—Tendré que atarlo —dijo Bridget.

—Oh, no, por favor. Ya procuraré yo tapar ese hueco, aunque no lo haría por mí, sino por la señora Hicks. Compréndalo, a ella no le gusta.

—Sí, lo he visto.

Hubo un instante de silencio. Los dos se miraban, sonriendo un tanto tontamente, como si no encontrasen palabras para proseguir la conversación. De pronto, Moodson

decidió romper el hielo.

—Discúlpeme, señorita Courtney, pero, sin querer, he oído cientos comentarios acerca de un litigio que sostiene usted con un tal Dohane.

Bridget se puso seria instantáneamente.

—Sí, es cierto, aunque, comprenderá, no voy a comentar el asunto con desconocidos... Perdone la rudeza de mi expresión; aunque cada uno sepamos quién es el otro, en la práctica somos desconocidos mutuamente.

—Tiene usted toda la razón, y yo no quería entrometerme en sus asuntos privados por nada del mundo. Pero quizá le interese saber que Donahue ha contratado a un constructor para que levante una cerca de cinco metros de altura en torno al pozo.

Bridget se quedó con la boca abierta.

—¿Es cierto lo que está diciendo?

Moodson se puso una mano en el pecho.

—Como suele decirse, no citaré las fuentes de mi información, pero le garantizo que es la pura verdad —respondió.

Ella fue a decir algo, pero, en el mismo momento, «Shank» abandonó su actitud apacible y ajena a cuanto le rodeaba y se irguió, enseñando los dientes a la vez que emitía un gruñido amenazador. Impresionado, Moodson dio un paso atrás.

En aquel instante se oyó una alegre voz al otro lado del seto.

—¡ Bridget, encanto, princesa de las hadas, reina de la náyades! ¿Dónde estás, monumento de hermosura, Monna Lisa de nuestros días, Venus de Botticelli del siglo XX?
¿No quieres asomarte para que mis ojos cieguen con tu deslumbradora belleza?

Moodson se sintió estupefacto al escuchar aquella pomposa sarta de frases que el recién llegado dirigía a la muchacha. Ella se volvió y rió alegremente.

—Siempre serás el mismo, Richard Barnand —exclamó—. ¿Cuándo aprenderás a hablar como las personas normales?

—Un hombre deja de ser normal en cuanto te ve a ti, preciosa —contestó el sujeto. De pronto, arrugó el ceño—. Cuidado con «Shank», Bridget; no sé por qué, pero tu perro no me tiene la menor

simpatía.

—No temas, Richard; ahora mismo lo ataré —dijo la muchacha.

Desde el lugar en que se encontraba, Moodson pudo ver a un hombre de unos treinta y cinco años, fornido, de rostro rubicundo y buena estatura, aunque no era tan alto como él. Después de que Bridget hubo atado a «Shank» con una cadena, la agarró familiarmente por un brazo y la empujó hacia la casa.

—Vamos adentro, hermosa. Tienes que premiarme con un buen trago las excelentes noticias que te traigo acerca de Seaside Plain...

Moodson supuso que el nombre designaba el lugar donde se hallaba el famoso pozo sin fondo, tal vez Barnand era el abogado que defendía los intereses de la joven, se dijo.

Regresó a la casa. La voz de Zoé sonaba en la puerta delantera.

—Hacía tiempo que no te echaba el ojo encima, Peggy. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, sólo que muy disgustada, porque anda por ahí un cerdo con dos pies que no quiere cumplir sus compromisos.

—No acaba de pagarte, ¿eh?

—Siempre me está dando largas... pero como esto se prolongue, voy a pedir al juez

que revoque
la operación
de venta.

Moodson se acercó discretamente a una de las ventanas. La otra mujer era mucho más joven que Zoé, ya que aún no había cumplido los cuarenta años y se le veía un cuerpo de carnes firmes y todavía con muchos atractivos. Debía de ser la tal Peggy Barstow que había mencionado Kipple aquella misma mañana.

—Ojalá todo se te resuelva pronto y a tu favor. Peggy —deseó Zoé—. Y ahora, perdóname, pero tengo trabajo...

Zoé dio medio vuelta y entró en la casa. Al ver a Moodson, se puso colorada.

—Dispense, señor; estaba hablando con una buena amiga a la que hacía tiempo no veía —dijo.

—No se preocupe, señora Hicks —sonrió el joven—. Oiga, me gustaría hacerle una pregunta, si no tiene inconveniente, claro.

—Ninguno, señor. ¿De qué se trata?

—Por casualidad he oído esta mañana el nombre de su amiga. Lo mencionó un tal Jared Kipple...

Zoé hizo una mueca de disgusto.

—Ah, sí, ya sé quién es. No es mal hombre, aunque tampoco tendrá jamás dolores en el espinazo por trabajar demasiado. Le gusta más la escopeta, no sé si usted me entiende.

—Sí, desde luego. Tengo entendido que es... muy amigo de la señora Barstow.

—Son algo más y no se pueden mencionar los lazos que les unen. Ella es viuda y él es un solterón recalcitrante, que quiere tener todas las ventajas de un marido, sin ninguno de sus inconvenientes. Además, Peggy tiene un buen pasar, mientras que Jared no cuenta prácticamente más que con su escopeta. Créame, señor; si yo fuese Peggy, le plantearía la cuestión muy seriamente... o rompería con él para siempre.

—Peggy, seguramente, piensa de un modo muy distinto a usted —opinó el joven.

—Salta a la vista, señor. Peggy ha perdido el seso por él y eso es lo peor que puede ocurrirle a una mujer.

—Quizá el señor Kipple posea algunas virtudes que nosotros desconocemos —dijo Moodson maliciosamente.

Zoé exhaló una sarcástica carcajada.

—¿Virtudes, señor? Pocas, pocas, créame... Con su permiso, tengo trabajo.

Zoé se alejó. Moodson se dispuso a cargar su pipa. Empezaba a darse cuenta de que Buthbury no era el pueblo apacible y de idílico ambiente que había supuesto en los primeros momentos. «Debajo

de una tapa muy agradable, había bastante podredumbre», pensó.

CAPITULO III

Llegó cuando era de noche cerrada y se detuvo en las inmediaciones de la cerca. A la luz de la luna, que en ocasiones quedaba oculta por las nubes que se movían perezosamen- te en el cielo, Jared Kipple pudo ver claramente los alrededores del pozo, sin que se advirtiera la menor señal de la persona que le había citado en aquel lugar.

—Maldita mujer... —rezongó—. ¿Por qué diablos ha tenido que hacerme venir hasta aquí y a estas horas? Es que las mujeres tienen cada capricho...

Una voz muy tenue sonó de pronto al otro lado de la cerca.

—Jared, ¿eres tú?

—Claro, maldita sea, ¿quién quieres que sea? —contestó Kipple de mal talante—.

¿Dónde diablos estás, Peggy?

—Aquí, al otro lado. Ven, quiero enseñarte algo muy interesante...

—¿No podías habérmelo dicho en casa?

—Quería que lo vieses tú mismo, Jared.

—Está bien, pasaré al otro lado... Oye, ¿qué diablos te ocurre? ¿Por qué hablar así?

—Estoy un poco acatarrada y tengo algo de afonía. Anda, ven...

Kipple se descolgó la escopeta y la dejó apoyada en la cerca. Luego, sucesivamente, pasó las dos piernas por encima de la cerca y saltó al otro lado.

En el mismo instante, se elevó una sombre del suelo.

Demasiado tarde se dio cuenta Kipple de que había sido objeto de un engaño. Dos fuertes manos lo agarraron por el cuello, antes de que tuviera tiempo de defenderse y luego, sin dejarle reaccionar, lo levantaron un par de centímetros en el aire, lo justo para que sus pies dejaran de tener contacto con el suelo.

En la fracción de segundo que duró la acción, Kipple tuvo tiempo de pensar que el atacante no era quizá más fuerte que él, pero le había pillado por sorpresa y realizaba unos movimientos muy precisos, pero, sobre todo, sumamente rápidos. Kipple sintió que le hacían girar en semicírculo, siguiendo el movimiento del desconocido, y luego se vio lanzado al vacío.

Un alarido desgarrador se escapó de su garganta cuando notó la caída irremediable en aquella insondable oquedad. «Para él sería una tumba sin fondo», pensó, presa de un horror que escapaba a toda descripción.

El mismo pánico que sentía le hizo perder el conocimiento, lo que le evitó el espantoso final que se produjo casi un centenar de metros más abajo, cuando su cuerpo se estrelló contra las rocas de un

túnel vertical que, contra las habladurías y leyendas, sí tenía fondo.

El asesino pasó al otro lado y se apoderó de la escopeta de Kipple. Tranquilamente, se acercó al borde del escarpado y movió el brazo derecho en semicírculo.

La escopeta voló por los aires. Luego cayó hacia abajo. Al chocar contra unas rocas, lo hizo con la culata y los dos cañones se dispararon al mismo tiempo.

Una irónica sonrisa apareció en los labios del asesino.

—Has tenido salvas de honor en tu último día, Jared Kipple —dijo sarcásticamente.

* * *

Cuando regresó de su paseo, cerca del mediodía siguiente, Zoé le dio una sorpresa.

—Ella le espera, señor —dijo.

Moodson arqueó las cejas.

—¿Se refiere a...?

—Sí, señor, la misma. Me he permitido dejarla entrar en casa y confío no se enoje por ello.

—Oh, Zoé, qué cosas tiene usted... —sonrió el joven.

La señora Hicks estaba cuidando el jardín. Moodson abrió la puerta y vio a Bridget sentada en una butaca, junto al fuego y con un libro en las manos.

Ella se puso en pie inmediatamente al verle. Moodson hizo un ademán.

—Por favor, señorita Courtney, siga como está —rogó.

—Gracias. —Bridget se sentó de nuevo—. Un libro muy interesante —comentó, señalando al que acababa de dejar sobre una mesita contigua.

—Si le gusta, puedo prestárselo. Yo me he traído otros varios y no tengo ninguna prisa por empezar su lectura y menos aún por acabarlos. Pero si me permite, quisiera ofrecerle algo de beber...

—No se moleste, muchas gracias. Señor Moodson, disculpe mi inoportunidad, pero usted dijo algo ayer que me intrigó sobremanera.

El joven sonrió.

—Sin duda, se refiere a la cerca del pozo que hay en Seaside Plain —dijo.

—En efecto, a eso me refería. Usted dijo que Dohane piensa elevar la cerca del pozo hasta cinco metros de altura.

—Y hará poner una puerta metálica, con cerradura de seguridad.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Le resulta extraño?

—Un naco, sobre todo, si se piensa que yo ignoraba los propósitos de ese impostor.

—Impostor, ¿en qué sentido, señorita Courtney?

—Seaside Plain me pertenece, sobre eso no hay duda alguna. En el momento en que Dohane declara que es suya la propiedad, comete impostura.

—Bueno, yo supongo que tendrá argumentos legales para probar su aserto —dijo Moodson.

—También los tengo yo y me proporcionan derechos incuestionables sobre la propiedad.
—Discúlpeme, pero si hay alguien que le disputa esas tierras, sus derechos ya no se pueden calificar de incuestionables. —Moodson se tocó el cuerpo con las manos—. Estas ropas son mías, las pagué a mi sastre, tengo la factura y eso sí me confiere un incuestionable derecho de propiedad sobre el traje. ¿Puede decir usted lo mismo de Seaside Plain?
Bridget se removió inquieta en su asiento.
—Los documentos aseguran...
—Ah, tiene documentos.
—¡Pues claro, hombre! —exclamó ella, impaciente—, ¿cómo iba a afirmar una cosa semejante, sino pudiera probarlo?
Moodson entornó los ojos.
—Perdone la indiscreción, pero ayer creí oír decir al señor Barnand que le traía buenas

noticias referentes a esas tierras.
—Así es, en efecto.
—Debo deducir, por tanto, que el señor Barnand es su representante legal...
—Mi abogado —puntualizó Bridget.
—Supongo que posee la competencia suficiente para sentar una afirmación semejante. Pero si es así, ¿por qué no obtiene usted una orden judicial, a fin de paralizar las obras que Dohane se dispone a efectuar en torno al pozo?
—Todavía..., todavía no se ha resuelto el pleito... Pero si yo no puedo paralizar esas obras, él tampoco tiene derecho a realizarlas, supongo.
—Eso es verdad, aunque sólo a medias. Usted puede alegar que no se puede tocar nada en Seaside Plain, mientras no se haya resuelto el pleito. ¿No le ha dicho nada su abogado en ese sentido?
—No.
Moodson hizo un gesto de duda.
—Debería haberlo visto en el acto —rezongó—. Pero, claro, yo no puedo interferir la acción de otro letrado, sobre todo, cuando no he tenido ocasión de examinar a fondo los documentos que usted dice prueban sus derechos a la propiedad.
Bridget le miró interesadamente.
—Por lo que dice, sospecho que también es abogado —dijo.
—No puedo negarlo —contestó él—. Aunque, en estos momentos, no ejerzo la profesión.
—Está de vacaciones.
—Así es.
—¿En esta época, cuando todavía no hemos terminado de salir del invierno?
—Tuve exceso de trabajo durante mucho tiempo, en un caso de gran importancia.
Acabé agotado y decidí que me convenía descansar unas cuantas semanas.
Una ligera sonrisa apareció en los labios de la muchacha.
—¿Ganó el caso?
—Si se hubiera tratado de una carrera de caballos, al de mi contrincante estarían aún poniéndole la silla, y perdone la inmodestia.
—No se preocupe. Cuando alguien consigue una cosa legítimamente, es lícito sentirse orgulloso de la victoria. Bien —Bridget volvió a ponerse en pie—, creo que es hora ya de que me marche. Sobre todo, si pensamos que se niega a decirme cómo supo que Dohane piensa cercar el pozo.

—Es un detalle sin importancia, señorita Courtney. El resultado es el que interesa. Y Dohane, si no lo remedia alguien, conseguirá sus propósitos.

—Es un hombre verdaderamente repulsivo... aunque hubo una época en que resultaba de trato agradable y se hacía simpático a todo el mundo. Pero, inexplicablemente, de unos meses a esta parte, su conducta cambió radicalmente.

—Perdóneme una pregunta, por favor. Hubo alguien que me contó una extraña leyenda sobre aquel pozo. ¿Qué sabe usted sobre el particular?

—El antepasado de Dohane que tenía la propiedad de la mina fue un hombre desalmado, sin conciencia, a quien se le achacan centenares de muertes, no porque él los asesinara directamente, sino porque sus mineros, esclavos en la práctica, morían

literalmente reventados de tanto trabajar.

—Y luego arrojaban sus cuerpos a esa tumba sin fondo que es el pozo de Seaside Plain.

—Así lo cuenta la leyenda —respondió Bridget—. No puedo responsabilizarme de su veracidad.

—Por supuesto. Otra cosa, se lo ruego. Suponiendo que algún día quede demostrado sin lugar a dudas que es usted la dueña de esas tierras, ¿qué planes tiene para el futuro de su propiedad?

Ella vaciló unos instante. Luego dijo:

—Perdone, pero no quiero ser indiscreta en este asunto.

—Lo siento, no quise molestarla.

—Gracias. Ha sido usted muy amable, señor Moodson.

Bridget caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el joven y le dirigió una tímida mirada.

—Si yo... le trajera los documentos, ¿querría examinarlos y darme un dictamen sobre su contenido?

—Sólo lo haría con una condición, señorita Courtney.

—¿Sí?

—Necesito el permiso de su abogado. No puedo interferir en la labor de un colega que ya se ha encargado del caso. No sería ético, vamos.

—Comprendo. Hablaré con Richard y le consultaré el caso.

—Gracias, pero, si le responde afirmativamente, habrá de tener en cuenta otra cosa.

—Dígame, señor Moodson.

—Mi dictamen no puede ser vinculante en modo alguno, puesto que no soy su representante legal. Sólo será un informe de asesoría, simplemente.

Bridget hizo una graciosa inclinación de cabeza.

—Lo tendré en cuenta. Repito las gracias —se despidió finalmente.

Cuando se quedó solo, Moodson fue a la consola y se sirvió una copa de jerez. «El asunto de Bridget con relación a Seaside Plain prometía resultar muy interesante», se dijo.

—Pero ¿no habíamos quedado en que venías aquí a descansar? —se apostrofó a sí mismo.

De la cocina llegó súbitamente un agradable olorcillo. Moodson sintió en su estómago las primeras punzadas del hambre.

Sonriendo, se acercó a la cocina y asomó la cabeza por la puerta.

—Zoé, ¿eso que está preparando es comida para los dioses?

—Oh, señor; me bastará con que le agrade a usted —rió la señora Hicks—. Pero está un poco paliducho y le conviene reponerse.

Zoé se calló de pronto, porque en el exterior acababa de oírse

un agudo grito que indicaba alarma y miedo al mismo tiempo. Moodson se precipitó hacia la puerta trasera y miró en todas direcciones.

El grito parecía provenir del jardín de Bridget. La muchacha, sin embargo, no estaba a la vista.

De pronto, Moodson oyó el inconfundible sonido de unos gemidos de dolor.

Acercándose al seto, miró por encima y presenció una escena singular.

Bridget estaba arrodillada en el suelo, junto al cuerpo inerte de su perro, en el que no

se apreciaba el menor movimiento. La muchacha lloraba afligidamente y era fácil saber la suerte que había corrido «Shank».

Moodson se sintió conmovido al darse cuenta del dolor que sentía la joven. Ella pareció advertir su presencia y le miró con ojos inundados de lágrimas.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué han tenido que matarlo? «Shank» era un animal noble, amable y cariñoso con todo el mundo, a pesar de su aspecto... Le gustaba jugar con los niños... y un salvaje sin conciencia le ha dado comida envenenada...

—¿Está segura de ello? —dijo Moodson.

Bridget asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—No tengo la menor duda —contestó, y señaló el hocico del perro, en el que se veía una espuma amarilloverdosa, que parecía probar las afirmaciones de la muchacha.

Moodson apretó los labios.

—En tal caso, podría hablarse de una acción intencionada —dijo.

—¡Claro! —contestó ella con gran vehemencia—. Todo lo que hace Dohane es intencionado, incluso el envenenamiento de un animal que no le había causado jamás el menor daño.

CAPITULO IV

Cuando se disponía a salir de paseo, por la mañana del día siguiente, oyó la voz de Zoé en el jardín.

—Te preocupas demasiado por ese bergante, Peggy —decía la señora Hicks—. Eres joven todavía y tienes un magnífico aspecto, sin contar otras cosas también muy atractivas, como tu capitalito. No merece la pena que te preocupes por ese pillo de siete suelas, vago de nacimiento, que sólo pretende vivir a costa tuya y disfrutar de lo bueno, sin querer problemas de otra clase. Olvídalo, es lo mejor que puedes hacer.

—Tendré que tomar una decisión, ciertamente —respondió Peggy—. Pero, de todos modos, me siento inquieta. No es habitual en Jared dejar pasar dos días sin hacerse ver por alguna parte.

—¿Has ido a su... cubil? No digo casa, porque aquello no merece el nombre...

—Sí, he ido, pero todo está en orden. Bueno, él es un poco desordenado, ya sabes..., pero no hay rastros de fuego encendido ni la tetera está preparada...

—Ya aparecerá, no te preocupes. Por cierto, ¿sabes si tenía algún dinero? Peggy enrojeció vivamente.

—El otro día le presté veinte libras. Tenía que comprarse algunas cosas, munición para la escopeta...

Zoé lanzó una burlona carcajada.

—Entonces, no pases pena. Ya sé dónde debe estar ese granuja. Si yo estuviera en tu pellejo, no volvería a mirar a la cara al hombre que me pide veinte libras y luego va a gastárselas en la casa de Edith *la Calva.*

—Jared no haría una cosa semejante, Zoé —protestó Peggy

—Hija, tu ingenuidad me da pena —suspiró la señora Hicks—, Pero, en fin, si quieres seguir padeciendo por ese sinvergüenza, allá tú. Hay mujeres que «disfrutan» sufriendo y tú eres una de ellas...

Peggy se marchó bruscamente, con vivo taconeo. Moodson apareció en la puerta.

—No es usted muy comprensiva con su amiga —dijo, en tono de reproche.

—Todo lo contrario, señor —contestó Zoé, picada—. Sólo quiero hacerle ver que está cometiendo un enorme error, al dejarse tomar el pelo por un desaprensivo. Peggy cumplirá pronto los cuarenta años y ya es hora de que empiece a conocer a la gente, pienso yo.

—Tal vez, pero sigo opinando que no debió haber sido tan

dura con ella. Peggy está muy afligida y debería haberla consolado.

—Es posible, pero yo también pienso que es hora de que abra los ojos de una vez,
¿no cree?

—Sí, desde luego, usted también tiene su parte de razón. Por cierto, ¿quién es la tal Edith *la Calva?*

Zoé emitió una sonrisa llena de malicia.

—Si quiere saber quién es esa dama, vaya a la casa de tejado rojo que hay al final de la calle South Park. Podrá tomar un trago y ver cosas muy interesantes.

—Creo que entiendo, pero ¿por qué le llaman La Calva? ¿Acaso tiene que usar

peluca?

—Oh, no, todo lo contrario. Ya sabe, a un gigante le llaman Pulgarcito o enano, por contraste, claro.

Moodson asintió.

—A lo mejor me escapo algún día a tomar un trago en casa de Edith —dijo, a la vez que se encaminaba hacia la salida, con objeto de dar su habitual paseo de todas las mañanas.

* * *

El perro de Paxton, el pastor, corrió a saludarle unos instantes, dirigiéndole unos alegres ladridos, acompañados de vivos meneos de la cola. Luego el can volvió a cumplir sus obligaciones con el rebaño.

Moodson saludó al pastor afectuosamente. Había ido preparado para la ocasión y le entregó un buen cigarro.

Paxton se pasó el tabaco bajo la nariz.

—Hoy día se ven pocos de éstos por aquí —comentó—. Lo guardaré para el domingo, si no le importa.

—El dueño del cigarro es ahora usted, Russ, si me permite que le llame por su nombre.

—Faltaría más, señor Moodson. Gracias por el cigarro; de cuando en cuando, me gusta fumar uno... ¿Cómo va su salud?

—No puedo quejarme, aunque, en realidad, no estaba enfermo, sino muy fatigado y necesitado de un auténtico reposo. Gracias por su interés, Russ.

Recostado en la cerca, que no había variado de aspecto, Moodson empezó a cargar su pipa. Paxton se puso un cigarrillo en la boca.

Pasados unos momentos, Moodson dijo:

—Russ, me gustaría hacerle una pregunta.

—Lo que usted quiera, siempre que conozca las respuestas —sonrió el pastor.

—Bien, mi pregunta se refiere más bien a una opinión, de modo que, incluso, puede callar si lo desea. Pero, dígame, si usted fuese el juez que tuviese que fallar el pleito entre Dohane y la señorita Bridget, ¿a quién le daría la razón?

Paxton demoró la contestación unos segundos.

—Quiere una opinión sincera, supongo.

—Se lo ruego.

—Bien, en primer lugar, si yo fuese el juez, preguntaría a cada uno de los contendientes para qué demonios quieren la propiedad de estos terrenos, después de que durante decenas de años nadie se ha ocupado de ellos.

—No está mal pensado, Russ. Yo también pienso que en el fondo de este asunto hay algo más que la satisfacción del amor propio. ¿Eso es todo?

—Oh, no, en absoluto. También les haría una sugerencia, más o menos así: «Los dos tienen razón y yo no puedo favorecer a uno, perjudicando al otro. Repártanse Seaside Plain equitativamente y se acabó el asunto.» Sí, eso les diría yo, créame.

—Puede resultar una buena idea, en efecto. Pero usted ha hablado de una sugerencia, no de una sentencia. Supongamos que tiene que dictar sentencia. Hágalo con franqueza,

Russ.

—Entonces, les privaría a ambos de la propiedad y se la otorgaría al municipio de Buthbury, bajo la condición de no vender un solo metro cuadrado de tierra ni permitir una sola edificación en el interior de los límites de estas tierras. Hombre de Dios, si aquí construyen casas, hoteles o algo parecido, profanarán este paisaje horriblemente... Será como blasfemar de Dios dentro de una iglesia, ¿comprende?

Moodson asintió gravemente.

—Le entiendo a la perfección —contestó—. Entonces, usted cree que hay intereses económicos en el pleito.

—En estos casos, siempre hay dinero de por medio —contestó el pastor— Quizá la señorita Bridget sea en esto más honesta que el otro, pero, en el fondo, asunto de dinero, sí, señor. Pero los dos lo llevan muy en secreto, sea lo que sea.

—A fin de cuentas, tienen derecho a ello.

—La señorita Bridget pondría más interés en que se respetase el paisaje, si llegase a vender. Fijaría condiciones, supongo, o algo por el estilo, pero, en definitiva, vendería. No es que se muera de hambre, pero, vamos, tampoco sus asuntos financieros marchan muy bien, ¿comprende?

Moodson se dijo que Paxton parecía una fuente inagotable de información.

—¿Es soltera?

—Claro, aunque puede que acabe casándose con su abogado.

—Usted se refiere, sin duda, a Barnand.

—Sí, el mismo. Es un tipo muy listo y capaz de levantar una piedra y encontrar un billete de cinco libras. Aunque, desde luego, bastante mujeriego. Ella lo sabe y quizá por eso mismo no acaba de decidirse a ser su mujer.

—En Buthbury, creo, no hay demasiadas oportunidades a ese respecto —sonrió el joven.

—Oh, es que Barnand viaja con frecuencia, y eso sin contar con las «atracciones» de Edith *la Calva.*

—He oído hablar de ese local. Cualquier rato iré a tomar una copa allí.

—Podrá hacer algo más, si es su deseo. En fin, eso es cosa de cada cual y yo no me voy a poner a censurar la conducta de nadie, mientras no perjudiquen a los demás.

—Claro —convino Moodson—. Amigo Russ, se me está ocurriendo una cosa —dijo de repente.

El pastor le miró inquisitivamente. Antes de que pudiera hacerle una pregunta, Moodson había saltado ya al otro lado de la cerca y se arrimaba al borde del pozo.

—No sea imprudente —recomendó Paxton—, Los bordes son muy inseguros. Si pierde pie, no parará hasta el fondo.

—Russ, creía haberle oído decir que este pozo no tenía fondo —exclamó Moodson jovialmente.

—Algún día terminaría su descenso —respondió el pastor con acento malicioso.

—A lo mejor, el pozo sigue y sigue, hasta asomar por el otro lado de la Tierra. Si me cayera, atravesaría el planeta y saldría al espacio, ¿verdad?

—Tiene usted un humor excelente, pero no se confíe.

Moodson se inclinó un poco. Ciertamente, el fondo de aquel monstruoso pozo resultaba absolutamente invisible, aunque le pareció divisar ciertos débiles chispazos, de variables

intermitencias, cuyo origen no se supo explicar. Un poco más a la izquierda del lugar en que se encontraba, vio una serie de peldaños de hierro sujetos a la pared, que se alejaba hacia abajo hasta desaparecer de la vista.

—Russ —llamó.

—Dígame, señor Moodson...

—Veo aquí una escalera de hierro, adosada a la pared del pozo. ¿Sabe usted qué objeto tiene?

—Hay rumores acerca de esa escalera, pero nunca han sido confirmados...

Paxton se calló de pronto. Intrigado, el joven se volvió y divisó a lo lejos un vehículo todo terreno, de grandes dimensiones, que se acercaba a aquel lugar con ruidoso petardeo del motor.

Inmediatamente, comprendió lo que sucedía. Dohane había decidido empezar las obras en el pozo, pese a la oposición de su adversaria.

* * *

Estaba allí de vacaciones, era forastero y no podía intervenir en favor de una de las partes litigantes, pero le sublevó el hecho de que Dohane hubiese tomado una decisión, antes de conocer la sentencia judicial. Calmosamente, se aproximó a la cerca y pasó al otro lado.

—¿A qué diablos viene ese vehículo aquí? —exclamó Paxton.

—Van a elevar la cerca hasta cinco metros de altura

—contestó Moodson. El pastor le miró atónito.

—No hablará en serio —dijo.

—Completamente en serio, Russ. El señor Dohane ha dado orden de elevar la cerca hasta esa altura, reforzándola para mayor seguridad y construyendo, además, una puerta blindada, con cerradura especial.

—Increíble —se asombró Paxton—.

¿Cómo lo sabe usted? Moodson emitió una

ligera sonrisa.

—Permítame que calle, por ahora. Pero lo sé, y usted tendrá ocasión de comprobarlo en los próximos días, si alguien no lo impide, claro está.

—Es lo más asombroso que he oído en mucho tiempo —manifestó el pastor—. En fin, supongo que el señor Dohane sabe lo que se hace.

El vehículo, un «todo terreno» pesado, acababa de llegar a las inmediaciones del pozo y su conductor lo detuvo. Inmediatamente, se apearon cuatro hombres y uno de ellos empezó a dar órdenes a

los demás:

—Vamos, descarguen todo; aún tenemos que hacer otro viaje hasta el camión de transporte. Es preciso que nos demos prisa, a ver si podemos empezar la tarea mañana mismo.

—¡Dudo mucho que mañana trabajen aquí! —sonó de repente una voz de mujer, con tonos enérgicos—. En este lugar no se va a mover una sola piedra, caballeros; y si dudan de que soy capaz de impedirlo, miren esta escopeta, por favor.

Estupefacto, Moodson se volvió y divisó a Bridget a cuatro o cinco pasos de distancia,

sosteniendo firmemente con sus manos una escopeta de caza. Los recién llegados no se sentían menos asombrados, pero, además, aparecían llenos de temor por la vista del arma.

El que parecía capataz se adelantó unos pasos.

—¡Señorita, no sé quién es usted, pero nosotros tenemos órdenes...! Bridget no le dejó seguir hablando.

—¡Fuera! —ordenó—. ¡Fuera de aquí antes de que empiece a disparar! Las tierras son mías y ustedes están aquí sin mi permiso. Si descargan un solo clavo de su vehículo, empezaré a tiros inmediatamente.

El capataz, amedrentado, retrocedió.

—Está bien, señorita, ya nos vamos, pero nosotros creíamos.. Tenemos instrucciones del señor Dohane de...

—El señor Dohane no puede dar instrucciones para trabajar en un lugar que no le pertenece. Díganselo así cuando lo vean y añadan que estoy dispuesta a hacer valer mis derechos por la fuerza si es preciso, ¿ha comprendido?

—Sí, señora, lo que usted quiera... Dispense, nosotros no sabíamos...

El sujeto empezó a volverse, pero, inesperadamente, giró en redondo y apartó la escopeta de un fuerte manotazo.

Bridget, desprevenida, gritó. Antes de que pudiera reaccionar, el hombre ya le había quitado el arma, que había pasado a su poder en un instante.

—Y ahora, maldita entrometida —dijo el capataz furiosamente—, vamos a empezar a trabajar aquí, tanto si le gusta como si no. ¿Está claro?

Tenía la escopeta asida por los cañones y la levantó sobre su cabeza, con el evidente ánimo de romperla contra la cerca de piedra.

CAPITULO V

Una mano tocó al irritado sujeto en el hombro y éste se volvió malhumoradamente.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó con hosco acento. Moodson sonrió amablemente.

—Permítame, amigo... Me gustaría saber cómo se llama usted...

—Sheakey, Hank Sheakey. ¿Por qué quiere saberlo?

—Muy sencillo, señor Sheakey; así sabré a quién tengo el placer de darle un buen puñetazo.

Inmediatamente, Moodson disparó el puño derecho y lo estrelló contra la mandíbula del capataz. Sheakey soltó la escopeta, abrió los brazos y cayó de espaldas, sin haber perdido del todo el conocimiento, pero aturdido hasta el punto de no poder moverse.

Bridget lanzó una exclamación y corrió a recobrar su escopeta, con la que apuntó de nuevo a los operarios.

—He dado una orden y la van a cumplir —exclamó—. Recojan a su capataz y váyanse de aquí inmediatamente. No repetiré más la orden, téngalo en cuenta.

Los operarios se acercaron a Sheakey y tras ayudarle a levantarse, lo acompañaron hasta el vehículo. Cuando iba a entrar en la cabina, Sheakey se volvió hacia el joven y le dirigió una mirada llena de rencor.

—Algún día le devolveré el golpe, amigo. Siempre devuelvo lo que me dan... diez por uno, no lo olvide.

El vehículo arrancó de inmediato y se perdió de vista en pocos momentos. Entonces, Bridget se volvió hacia el joven.

—Gracias por su intervención, señor Moodson. Realmente, ha estado usted muy oportuno.

—Un hermoso golpe, sí, señor —terció Paxton, silencioso hasta entonces—. Tiene usted un buen puño, amigo.

—Ya no soy ni sombra de lo que era. Hubo un tiempo en que fui campeón de los semipesados en la universidad —explicó el joven.

—Sabe conservar lo que aprendió, no cabe duda. Bueno, yo les dejo a ustedes dos, tengo que atender a mi rebaño. Dispensen.

Paxton lanzó un agudo silbido y el perro empezó a acosar a las ovejas. Luego, Bridget sonrió débilmente.

—Es cierto, pega usted fuerte. Pero no por ello debo dejar de darle las gracias, señor Moodson

—Yo diría que es Sheakey quien debe estarme agradecido. Iba a cometer una espantosa imprudencia.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Tenía la escopeta agarrada por los cañones, dispuesto a romperla contra la cerca. Las posibilidades de que se disparase el arma al recibir un fuerte golpe, eran de cien a uno.

—Sí, suponiendo que estuviese cargada.

—¿Qué quiere usted decir? —se sobresaltó Moodson.

Una maliciosa sonrisa suavizó la expresión de la joven. Bridget basculó los cañones y

mostró las recámaras vacías.

—No puse cartuchos cuando vine aquí, dispuesta a impedir los trabajos. Naturalmente, ellos no tenían por qué saber que se enfrentaban a un arma sin munición.

Moodson hizo un gesto con la cabeza. Bridget aparecía encantadora, vestida con un chaquetón de grueso paño, la capucha hacia atrás y el cabello flotando libremente en la ligera brisa que soplaba en aquel páramo.

—Pero —se apresuró a añadir la muchacha— tampoco habría tenido necesidad de enseñar el arma, si «Shank» hubiese estado vivo.

—Es muy posible, aunque tal vez ha cometido usted una imprudencia al impedir esos trabajos.

—Es Dohane el imprudente —contestó ella acaloradamente—, El asunto está todavía *sub judice* y no se ha dictado sentencia. Por tanto, no tiene el menor derecho a remover una sola piedra de estos terrenos.

—Como quiera, señorita Courtney. Personalmente, me gustaría que ganase el pleito, pero soy hombre que acostumbra a respetar la ley.

—Eso mismo tendría que decir Dohane. Bien, no quiero seguir molestándole más...

—Perdone, por favor. Usted me pidió que examinase sus documentos, de un modo digamos extraoficial. Todavía estoy esperando que me los entregue.

—Aún no dispongo de ellos. Los tiene el señor Barnand y se los pediré en cuanto lo vea.

—Su pretendiente, además de abogado defensor.

Bridget enrojeció ligeramente.

—La gente habla muchas veces sin fundamento. El señor Barnand y yo sólo somos buenos amigos. Con su permiso...

Ella hizo una leve inclinación de cabeza y se alejó con paso rápido, la escopeta colgando del hombro izquierdo. Moodson se recostó en la cerca y empezó a cargar la pipa.

De pronto, recordó un detalle. ¿Cuál era la utilidad de la escalera de hierro que había visto poco antes?

Sonrió divertidamente, al pensar en un detalle fantástico: si el pozo no tenía fondo, la escalera debía de tener un número incontable de peldaños.

* * *

Al atardecer de aquel mismo día, decidió conocer determinado lugar de Buthbury y se dispuso a salir.

Zoé había estado hablando poco antes con alguien, aunque Moodson no había prestado la menor atención. Cuando se ponía el chaquetón, se le acercó la mujer.

—Jared Kipple sigue sin aparecer, señor —dijo, muy preocupada.

—¿Aún no se tienen noticias suyas?

—No, señor. Y esto empieza ya a intrigarnos, porque Jared no era hombre capaz de desaparecer durante tanto tiempo.

—¿Y si se ha cansado de vivir en Buthbury y se ha marchado sin advertir a nadie de sus propósitos? No es corriente, pero, a veces, sucede...

—En confianza, señor, yo temo lo peor -—declaró Zoé a media voz,

Moodson alzó las cejas.

—¿Qué es lo que teme usted? —preguntó.

—A veces, Jared bebía más de lo conveniente. Cuando salía de caza, siempre llevaba un frasquito en el bolsillo. Pudo dar un traspié y caer por los acantilados...

—En Buthbury debe de haber algún representante de la ley. Les aconsejo le informen de sus preocupaciones; él sabrá lo que se debe hacer, señora Hicks.

—Sí, se lo diremos, por supuesto. Gracias, señor.

Moodson meneó la cabeza y salió a la calle. Un cuarto de hora más tarde, se detenía ante la puerta de una casa, cuyo tejado era de un vivo color rojo.

El edificio era relativamente grande, de planta y piso, y en éste, exteriormente, se veían media docena de ventanas, todas ellas con cortinas por el interior. El rótulo era de hierro forjado, sostenido por un brazo del mismo metal. En la plancha se había grabado un nombre: The Red Cave. La Caverna Roja, pensó Moodson de buen humor.

Empujó la puerta. El interior estaba discretamente decorado. Había algunos hombres sentados en las mesas o en el mostrador. Detrás de la barra se veía a una mujer joven, de unos treinta y dos años, de figura ampulosa y largos cabellos muy rubios, más claros de su natural color, sin duda debido a los tintes.

Ella le dirigió una agradable sonrisa. Moodson se acercó al mostrador.

—Dígame sus preferencias, señor Moodson, y trataré de satisfacerle —expresó la mujer con jovial acento.

—Ah, me conoce usted...

—Ah, me conoce usted...

—Es joven, atractivo... y forastero. Con esas características, sólo hay un hombre en Buthbury. Ah, yo soy Edith Bayle. No me llame señora; diga Edith simplemente.

--Encantadora Edith —rió él—. Además de hermosa, es usted tremendamente simpática. Así me explico el éxito de su local.

—No crea, las apariencias engañan. Pero todavía estoy aguardando a que me diga...

—Ah, sí, quiere saber cuáles son mis preferencias. Permítame, Edith, no puedo decírselo.

Ella levantó las cejas.

—¿Por qué?

—Se escandalizaría usted, seguro.

—Señor Moodson...

—Tony, por favor. El nombre es Blane, pero en mi casa siempre me llamaron así.

—Está bien, Tony, Le aseguro que no suelo escandalizarme tan fácilmente, aunque no me imagino a un hombre con usted con ciertas... preferencias que vale más no mencionar.
—Respecto a eso, se equivoca. Simplemente, no quise ser demasiado atrevido.
—Séalo, hombre —dijo ella riendo—. Hable sin miedo, no me voy a desmayar.
—Entonces... debe saber que mis preferencias... —Moodson bajó la voz—. Me gustaría ser el jefe de una tribu de caníbales.
—Para comer carne humana, sin duda.
—No, para comerla a usted... viva.
Edith lanzó una ruidosa carcajada, que hizo volver la cara a todos los presentes. Luego

meneó la cabeza, a la vez que decía:
—Para comerme a mí se necesita mucho apetito, Tony.
—Tengo el suficiente para demostrar con hechos mis palabras. Ella agarró una botella de la estantería y puso whisky en un vaso.
—Al menos, puedo ofrecerle un aperitivo —contestó.
—¿Cuándo llega el plato fuerte?
—No sea... arrollador, Tony. Acaba de llegar... ¿y ya quiere sentarse a la mesa?
—Señale una hora y acudiré puntual.
—Trataré de estudiar la conveniencia de servirle de plato fuerte. ¿Mucho tiempo en Buthbury?
—No tengo prisa en marcharme. Además, están ocurriendo cosas muy interesantes. Este pueblo no es tan aburrido como me pareció en un principio.
—Hay una tapa muy gruesa y sólida, que cubre la olla que hierve debajo. Puede que algún día la tape salte y se produzca una gran explosión.
—¿Usted cree?
Edith hizo un leve gesto de asentimiento. Moodson empezó a pensar en la conveniencia de una entrevista más prolongada con aquella mujer.
Levantó el vaso y sonrió.
—Avíseme cuando tenga el menú dispuesto —solicitó.
—Sí, le avisaré, Tony.
—Mientras tanto, ¿puedo hacerle una pregunta?
—Claro —accedió Edith.
—¿Ha visto usted últimamente a Jared Kipple?
Un gesto de repugnancia apareció de inmediato en el atractivo rostro de la joven.
—Estuvo aquí hará una semana y le ordené que no volviese a poner más los pies en mi casa —contestó.
—¿Por qué?
—Sucio, grosero, provocador... y, además, no pagaba. No me convienen los clientes de esa calaña, Tony.
—De modo que en estos días no ha aparecido por aquí.
—No, y si hubiese franqueado la puerta, le habría echado a puntapiés, créame. No sé cómo la estúpida de Peggy puede sentir algo hacia ese indeseable sujeto.
—Dicen que el amor es ciego, Edith.
—No, lo que pasa es que algunas son tontas. Pero, en fin, allá ella si se deja vapulear por un tipo como Jared Kipple.
—¿La pegaba?
—Era sólo una metáfora, Tony.

—Comprendo. —Moodson pensó que ya tenía bastante para la primera ocasión. Continuar haciendo preguntas resultaría indiscreto. Volvería en otro momento y procuraría que la entrevista se celebrase en un lugar más íntimo—. Seguiré cultivando mi apetito —añadió sonriendo.

—Estudiaré el momento más apropiado para servir de plato fuerte —respondió ella maliciosamente.

Moodson la contempló unos segundos. Realmente, Edith tenía un cabello precioso, de

gran frondosidad, pero sus gustos en materia de colores capilares no eran muy afortunados. El joven pensó que aquella exuberante cabellera, en su tono natural, resultaría infinitamente más atractiva. Pero, a fin de cuentas, era asunto de su dueña.

—Celebro infinito haberla conocido, Edith —se despidió.

—Digo lo mismo —repuso ella.

Moodson se dispuso a marcharse, pero, en aquel momento, recordó algo.

—Oh, dispense, olvidaba pagar...

Edith hizo un vivo ademán.

—Cortesía de la casa, por su primera visita —dijo.

—Gracias. Volveremos a vernos, espero.

—Sí, seguro.

Moodson salió a la calle y se abrochó el chaquetón, subiéndose el cuello ya que soplaba una brisa bastante fuerte y sumamente desapacible, pero respiró a pleno pulmón aquella atmósfera limpia y saludable, tan distinta de la de Londres. «La estancia en Buthbury le sentaría bien», se dijo.

Cuando llegó a su casa, Zoé le señaló un paquete que había encima de la mesa.

—Han traído esto para usted, señor —dijo.

Moodson se sintió asombrado al ver la caja, cuyo origen le resultaba totalmente inesperado.

—¿Quién la ha enviado, Zoé?

—Vino un chico y dijo que era para usted. Le di media corona de propina, si no le parece mal.

—Oh, no hay ningún inconveniente. Ya le devolveré el dinero...

Moodson se quitó el chaquetón y se acercó a la mesa. La caja estaba envuelta en papel fuerte y atada con un cordel corriente.

Soltó los nudos, quitó la cuerda y rasgó la envoltura. Dentro había una caja de cartón que había contenido, evidentemente, zapatos.

Levantó la tapa. Inmediatamente, dio un salto hacia atrás. Zoé lanzó una exclamación que casi era un grito:

—¡Dios mío, qué asco! ¡Una rata muerta!

Con los labios prietos, Moodson contempló el enorme roedor que yacía inmóvil en el fondo de la caja. Junto al cadáver del animal, había un trozo de papel, que extrajo cuidadosamente con dos dedos.

En el papel había escrito un siniestro mensaje:

> Usted también puede acabar como esta rata, si no deja de meter las narices en asuntos que no le importan en absoluto.

Moodson no tuvo tiempo de hacer el menor comentario. Una voz femenina sonó en el umbral:
—Perdonen, pero he llamado varias veces y como no me contestaban... —Bridget se interrumpió bruscamente para emitir una exclamación de horror y repugnancia—.
¡Cielos! ¿Quién envía ratas muertas?
Moodson se volvió hacia la joven y le tendió el papel.
—Es un aviso para un entrometido —dijo.

Ella leyó el mensaje y su rostro se ensombreció.
—Yo diría que es una amenaza de muerte —manifestó.
—No se puede tomar muy en serio, a pesar de todo —-declaró el joven. Cerró la caja y se dirigió a la señora Hicks—. Habrá que tirar eso a la basura —agregó.
—Sí, señor. Descuide, yo me encargaré de hacerlo ahora mismo.
—Y también saber quién es el mensajero, Zoé.
—Le conozco, señor. ¿Quiere que le diga algo?
—No, ya le interrogaré yo mañana, muchas gracias. Moodson se volvió hacia la muchacha,
—Sin duda, iba a decirme algo importante, señorita Courtney —sonrió.
—Ciertamente —respondió Bridget—, Hoy he hablado con el señor Barnand y me ha dicho que mañana, pasado a más tardar, traerá los documentos, para que usted pueda examinarlos.
—Espero que no se sienta ofendido...
—Al contrario, me ha dicho que se siente sumamente halagado porque un colega de tanta reputación como usted quiera examinar los documentos.
—Ah, el señor Barnand me conoce —sonrió Moodson.
—Parece ser que sí, aunque es la primera noticia que tengo sobre el particular. También dice que, con sus consejos, el pleito puede darse por ganado.
—El señor Barnand sobrevalora mis méritos, sin duda alguna —contestó Moodson, a la vez que hacía una ligera inclinación de cabeza.

CAPITULO VI

—He hablado con el chico que trajo el paquete para usted —manifestó Zoé al día siguiente.

—No le habrá dicho que contenía una rata muerta —se alarmó el joven.

—Oh, no; simplemente, le pregunté quién se lo había dado. No supo darme una respuesta.

—¿Por qué? —se extrañó Moodson.

—Dice que se lo entregó en un lugar muy oscuro y que no pudo verle la cara. Además, parecía acatarrado, porque se tapaba con una bufanda o el cuello del abrigo, no está seguro...

—En resumen, no sabe quién ha sido —dijo el joven disgustadamente.

—Así es, señor. Yo lo siento tantísimo, aunque tal vez se trate de una broma de mal gusto...

En aquel instante, llamaron a la puerta.

—Con su permiso, señor.

Zoé se alejó. Moodson quedó en un rincón de la sala, donde estaba tomando el desayuno. Desde allí, oyó la voz de la sirvienta:

—Hola, Peggy, buenos días. ¿Puedo servirte en algo?

—Estoy buscando a Jared todavía. No sé nada de

él. ¿Lo has visto tú? Zoé soltó una risita maliciosa.

—Te contestaría afirmativamente si tuviese veinte años menos —dijo—, Peggy, alma cándida, ¿cuándo demonios vas a quitarte esa obsesión de la cabeza? Jared no se merece que te preocupes tanto por él...

—Eso es cuenta mía, ¿no crees? —contestó la otra ásperamente —. Te he preguntado si le habías visto o no. Eso es lo que quiero saber, así que ahórrate los comentarios.

—Dispensa, mujer, no quise ofenderte. Sólo trato de hacerte un bien... Pero, en fin, si quieres una respuesta... No, no le he visto.

—En su casa no está, lo sé, porque he ido allí y he estado en su interior. No falta nada, de modo que no creo que se haya ido de viaje.

—Ya te dije cuál era mi opinión: se emborrachó, perdió pie y se cayó por un acantilado...

—O quizá le pasó algo peor.

—¿Qué quieres decir, Peggy?

—Dohane me debe dinero. Jared y yo lo habíamos comentado más de una vez. En la última ocasión, me dijo que iría a verle, para obligarle a pagarme, por la fuerza si es necesario.

-¿Y...?

—Dohane no es de fiar. Oí decir hace mucho tiempo que una vez

mató a un hombre, pero no pudieron condenarle por falta de pruebas.

—Mujer, no irás a decirme ahora que ha sido capaz de matar a Jared, sólo porque fue a pedirle el dinero que te debe. ¿Y si se lo dio y ese bribón decidió desaparecer una temporada, para darse la gran vida a tu costa?

A Moodson le pareció que la fe de Peggy en su enamorado descendía numerosos

grados.

—No..., no lo creo... —De pronto, Peggy sacó el poderoso pecho —. Hoy mismo iré a hablar con Dohane y le exigiré que sea claro y sincero. ¿Me has comprendido?

—Es lo mejor que puedes hacer, en efecto, Peggy —convino Zoé —. Y ahora, perdóname, pero tengo trabajo en casa.

La sirvienta cerró la puerta y luego se acercó a la mesa donde estaba Moodson.

—Disculpe, señor, pero es que esa tonta...

—No se preocupe, señora Hicks, lo he oído todo, aunque haya sido involuntariamente.

Pero, dígame una cosa: ¿Sabe si Dohane debe mucho a su amiga?

—Según tengo entendido, la deuda pasa de las seis mil libras, señor —contestó Zoé.

—¡Caramba, no es una minucia! —se sorprendió el joven—. Quizá el señor Dohane está pasando una mala racha económica...

—En tal caso, ¿por qué comprar algo que sabía no podría pagar después? Peggy tiene un buen pasar, es cierto, pero tampoco es precisamente millonaria y ese dinero le hace falta, además de que le pertenece legítimamente.

—Hay una solución para que pueda recobrarlo: advertir a Dohane, legalmente, de que debe pagar o, de lo contrario, perderá las tierras adquiridas y no pagadas.

—Para eso se necesitaría un abogado, ¿no crees?

—Indudablemente, señora Hicks.

De pronto Moodson vio algo en los ojos de la sirvienta que le hizo ponerse en pie precipitadamente.

—No, no me mire así, Zoé. Yo soy abogado, es cierto, pero estoy de vacaciones y precisamente por haber tomado parte en un asunto terriblemente complicado, que estuvo a punto de mandarme al hospital por agotamiento. Lo siento muchísimo, pero durante una buena temporada no quiero saber nada de pleitos y leyes, ¿me entiende?

Zoé suspiró.

—Es una lástima, señor; usted podría haber ayudado mucho a mi amiga...

—El caso es muy sencillo. Cualquier abogado lo solucionaría con la mayor facilidad del mundo. Dispense, pero he de salir a dar mi paseo de todos los días.

Media hora más tarde, Moodson se encontraba en las inmediaciones del pozo. Se preguntó si aquella excavación, cuyo origen y utilidad no acababan de aparecerle demasiado claras, no se estaba conviniendo en una obsesión para él.

Estuvo un rato junto a la cerca. Luego, lentamente, dio la vuelta

por fuera, tratando de ver detalles interiores del pozo. De pronto, le pareció divisar una mancha negra a unos quince o veinte metros del brocal.

Atraído por una invencible curiosidad, pasó al otro lado y se acercó al borde todo lo posible. Acuclillado, trató de averiguar qué era aquella extraña mancha negra.

Tardó unos segundos en saberlo, y entonces encontró una explicación completamente lógica.

—Una cueva —murmuró.

Era todo lo que podía ver desde allí y, de pronto, se le ocurrió la idea de descender unos cuantos metros y ver qué había en aquella cueva y enterarse por qué alguien la había hecho cavar en una de las paredes del pozo.

* * *

Cuando llamaron a la puerta, Peggy había terminado de cenar y se disponía a acostarse. Sentíase furiosa e indignada al mismo tiempo, pero también muy preocupada.

Cerca del mediodía, había estado hablando con Dohane. La entrevista había resultado borrascosa. Peggy casi llegó a pegarle, aunque, al final, consiguió tranquilizarse, ya que Dohane había prometido pagarle en el breve plazo de una semana. Ella le había dicho que no toleraría un minuto más de prórroga y luego le había preguntado por Jared Kipple. La respuesta de Dohane había tenido tonos claramente sarcásticos y burlones. Dohane no tenía por qué saber nada de un miserable vividor, cuyos máximos ingresos eran los que podían proporcionarle un par de liebres por semana.

Ella se había marchado muy disgustada, pese a las promesas de cobrar lo que le debían. Mientras terminaba de arreglar la cocina, Peggy se dijo que iba a pasar mala noche.

Y en aquel momento, fue cuando llamaron a la puerta.

Peggy fue a abrir inmediatamente. La figura de un chico de pocos años apareció en el umbral.

—Para usted, señora Barstow —dijo el muchacho, a la vez que le entregaba el sobre.

Peggy metió la mano en el bolsillo de su delantal y, mecánicamente, le entregó una moneda. Luego cerró la puerta y empezó a rasgar el sobre con dedos temblorosos.

En el interior del sobre había una carta:

> Estoy en un grave apuro y no quiero dejarme ver por ahora en el pueblo, ven a verme cuanto antes en Seaside Plain, junto al pozo. Es muy urgente.

La carta estaba firmada solamente con un par de iniciales. Peggy se sintió mareada un momento, pero se rehízo en seguida.

Inmediatamente, se quitó el delantal y corrió a ponerse unos zapatos. Luego buscó una manteleta, se la echó por encima de los hombros y salió de la casa con paso muy rápido.

Durante el camino, lamentó más de una vez no haberse provisto de una linterna, pero, por fortuna, el cielo estaba bastante despejado y la luz de la luna era suficiente para evitar tropezones. Treinta minutos más tarde, alcanzó el pozo.

Miró a su alrededor. No había señales del hombre.

Peggy empezó a preguntarse si no había sido objeto de una broma pesada. En el pueblo, casi todos conocían sus relaciones con Kipple. Quizá alguien habla querido divertirse a costa suya...

Tal vez había obrado con demasiada precipitación, porque, ¿para qué citarla a la noche y en un paraje tan solitario? Si Jared tenía verdadera necesidad de su ayuda, ¿por qué no ir a su casa a la madrugada, seguro de que nadie le vería a esas horas?

De pronto, cuando más fuertes eran sus dudas, oyó una voz en las tinieblas inmediaciones:

—Peggy, ¿eres tú?

Ella lanzó un grito inmediatamente:

—¡Jared! ¿Dónde estás? Maldito estúpido, ¿por qué no te dejas ver?

—Estoy aquí, al otro lado... Medio muerto de frío... He perdido casi todas mis ropas...

—Espera un momento, yo tengo una manteleta...

—Sí, ven, me sentará estupendamente.

Aunque con dificultades, Peggy consiguió pasar al otro lado. En el mismo instante, una negra silueta se alzó ante sus ojos.

Dos manos, como garras, buscaron su cuello. Peggy no tuvo tiempo de gritar.

Aquellas manos la asieron por el cuello con tremenda fuerza, levantándola al mismo tiempo, de modo que sus pies se separaron del suelo. Luego, el hombre giró en redondo, con tremendo ímpetu.

Por efectos del giro, las piernas de Peggy se apartaron un poco de la vertical. Cuando el hombre estuvo de espaldas a la cerca, abrió las manos y Peggy empezó a volar por los aires.

Un alarido horripilante se escapó de sus labios al sentirse precipitada en el vacio irremisiblemente. Durante un cortísimo espacio de tiempo, vio desfilar ante sus ojos las negras paredes del pozo que ascendían vertiginosamente a las alturas. Antes de que se diera cuenta cabal de que el pozo no subía, sino que era ella la que bajaba, chocó contra el suelo.

Durante una milésima de segundo, sintió un espantoso dolor. Pero la definitiva pérdida de conocimiento sobrevino instantáneamente y con ella la muerte.

Arriba, el asesino escuchó el espeluznante sonido del cuerpo de Peggy al estrellarse contra las rocas del fondo. Una espantosa sonrisa apareció en su rostro. Los dientes brillaron al reflejar la luz de la luna y parecían los de una bestia salvaje.

Después, el asesino pasó al otro lado de la cerca y se fundió con la oscuridad.

CAPITULO VII

Por la mañana, Bridget vio a Moodson junto a su automóvil, del que había levantado la tapa del motor.

—¿Se marcha? —preguntó la joven, en un impulso de curiosidad.

Moodson se volvió y tocó con dos dedos la gorra a cuadros con que cubría su cabeza.

—Es una ausencia muy breve —dijo—. Posiblemente, estaré de regreso para el mediodía. Voy a Penzance y sólo son treinta millas.

—Comprendo. Al verle así, pensé que abandonaba Buthbury...

—No, simplemente, quería revisar el aceite del motor. Si desea que le traiga algo de Penzance, dígalo con toda franqueza.

—Muchas gracias, pero no necesito nada, señor Moodson.

—Le sugiero me llame Tony. Es el nombre familiar; el oficia! es Blane, pero no me gusta mucho.

—Lo tendré en cuenta, Tony.

—Bridget es un nombre que me gusta mucho más aunque, claro, yo no soy el señor Barnand.

—Me pretende, pero sabe que no tiene esperanzas —rió ella.

—Es usted una mujer cruel. Probablemente, a causa de sus negativas, se retirará a un convento.

—Richard no es hombre capaz de decisiones tan drásticas —contestó ella de buen humor—. De otro modo, ya haría tiempo que habría tomado los hábitos. Por cierto, ¿qué sabe usted del perverso autor del envío tan desagradable que recibió hace dos días?

—Nada, por el momento, aunque quizá sepa algo dentro de poco.

—¿De veras?

—Bridget, mi experiencia, aunque no mucha, me dice que los autores de ciertas misivas son gente que ha tenido dificultades con la policía en alguna ocasión. Para salir de dudas, puse el anónimo en un sobre y lo envié a un buen amigo que tengo en Scotland Yard.

—Ah, de la policía...

—Sí. Puede que no consiga nada, pero allí tienen verdaderos expertos en grafología y son capaces de encontrar pistas donde nadie sospecharía la existencia de un culpable.

—No está mal pensado. Pero no entiendo por qué tuvieron que amenazarle... Usted no tiene nada que ver con mi pleito...

—Estaba a su lado cuando expulsó a Sheakey y a sus hombres. Impedí que aquel furibundo sujeto le rompiese la escopeta. Tal vez por eso han pensado que pertenezco a su bando.

—Pero no es cierto, Tony —alegó Bridget.

—Como suele decirse, las apariencias engañan... aunque sólo

hasta cierto punto. Si voy a examinar sus documentos, casi podría decirse que estoy de su parte, ¿no?

—Dohane lo ignora.

—Ah, ¿sospecha de él?

—¿Quién otro podría ser?

—Es su único enemigo, ciertamente. No creo, sin embargo, que llegue a extremos

reprobables, aunque, según tengo entendido, ya mató a un hombre hace mucho tiempo.

¿Ha oído algo sobre el particular?

—Sí. Dohane estaba casado con una mujer muy hermosa. Ella era un tanto casquivana y se dejó cortejar por un hombre muy apuesto pero también un donjuán profesional, al decir de las gentes de Buthbury. Un buen día, el conquistador desapareció y no se le volvió a ver más. La *vox populi* dijo que Dohane lo había asesinado, pero no se le pudo probar. Al contrario, él consiguió demostrar su inocencia y ya no se volvió a hablar más del asunto.

—¿Qué fue de la señora Dohane?

—Las cosas parecieron calmarse un tiempo. Luego, ella se marchó, anunciando que iba a pedir el divorcio. Parece ser que se lo concedieron, porque no ha vuelto más por Buthbury.

—Un pequeño drama. —Moodson meneó la cabeza—. Voy a hacerle una pregunta, Bridget. ¿Echa de menos a «Shank»?

Ella suspiró.

—Bastante —repuso—. Era un animal tan fiel, tan cariñoso... La verdad, no sé cómo hay gente capaz de hacer una cosa semejante.

—El que lo mató, sabía de sobras que le haría mucho daño a usted.

—Sí, desde luego.

Moodson bajó la tapa del motor y se limpió las manos con una bola de borra.

—Es hora de que me marche. Volveremos a vernos, Bridget. Conduzca con cuidado —aconsejó ella con encantadora sonrisa.

Moodson entró en el coche y dio el contacto. Realmente, no tenía por qué viajar a Penzance. Estaba seguro de encontrar en Buthbury lo que necesitaba, pero no quería que nadie lo supiese. A nadie le importaba si compraba un buen rollo de cuerda y un gancho de tres puntas.

* * *

Regresó a la hora del almuerzo y después se sentó a descansar un poco. Lo que tenía que hacer podía llevarle más tiempo del previsto y no quería que le sorprendiera la oscu- ridad antes de haber terminado, ya que en aquella época la noche sobrevenía a una hora relativamente temprana.

Dormitaba juntó al fuego, aunque sin caer en un sueño profundo, y se sentía enormemente relajado y satisfecho. De pronto, sonó el timbre de la puerta.

Moodson continuó en la misma postura. Oyó a Zoé cruzar el vestíbulo y casi en el acto percibió una exclamación de sorpresa:

—¡Señor Dohane!

El joven se despabiló inmediatamente. Una chillona voz de hombre sonó a continuación:

—Tengo entendido que el abogado Moodson, de Londres, vive en esta casa.

—Así es, señor. Iré a avisarle...

Moodson ya se había puesto en pie. Fue a la puerta de la sala y se asomó sonriendo.

—No es necesario, Zoé; ya he oído que preguntaban por mi. ¿Quiere pasar, señor Dohane?

El visitante era un hombre alto, fornido, de rostro que habría resultado atractivo, a no ser por la expresión de dureza y, al mismo tiempo, de desdén hacia todo cuanto le rodeaba, por lo que parecía estar haciendo una mueca constante. Dohane se quitó la gorra a cuadros un instante y luego volvió a ponérsela.

—Desearía hablar unos minutos con usted, señor Moodson —manifestó. El joven se echó a un lado.

—Tenga la bondad de pasar —accedió.

Dohane entró en la sala. Llevaba en la mano derecha un grueso bastón y quedó cerca de la chimenea, apoyado en él, en actitud casi provocativa.

—Hace unos días, usted estaba en Seaside Plain —dijo.

—Hoy no he ido, pero ayer sí... Suelo darme un paseo hasta allí a diario. Estoy reponiéndome de una temporada de mucho trabajo, ¿sabe?

Moodson estaba junto a la consola, con un frasco de vidrio tallado en la mano.

—¿Un poco de whisky, señor Dohane?

—No, gracias. Quiero hablar del incidente ocurrido en Seaside Plain...

—Seguramente, le informó el señor Sheakey.

—Así es.

—Entonces, ¿qué puedo decirle yo que él no le haya dicho ya?

—Usted impidió que Sheakey y sus subordinados iniciaran unos trabajos que yo había ordenado...

—Perdón, señor Dohane —cortó el joven a la vez que se volvía hacia el visitante con un vaso en la mano—. Lo único que impedí yo fue que el iracundo señor Sheakey destrozara un arma que no le pertenecía. Es más, posiblemente, le salvé la vida, porque es casi seguro que la escopeta se habría disparado, al ser golpeada de la forma en que él pensaba hacerlo.

Moodson, naturalmente, no quiso decir que la escopeta estaba descargada. Habría sido tanto como añadir una humillación innecesaria a la derrota sufrida por el colérico capataz.

—Muy bien, de acuerdo, pero usted ayudó a la señorita Courtney...

—Temo que no está bien informado del asunto —volvió a interrumpirle al joven—. Por lo que estoy oyendo, el relato del señor Sheakey es más bien tendencioso y escasamente ajustado a la verdad. Fue ella quien impidió que los operarios iniciaran el trabajo.

Si la señorita Courtney no hubiese hecho nada en sentido opuesto, yo habría permanecido quieto, porque no es mi intención tomar parte en pleitos ajenos, sin haber sido requerido para ello.

—Hablaré con Sheakey —dijo Dohane bruscamente—. Es posible que, en efecto, no me haya dicho toda la verdad.

—Puede tenerlo por seguro. Además, usted ordenó iniciar unos trabajos sin esperar a la sentencia del tribunal sobre la propiedad de esos terrenos. A eso, habitualmente, se le llama quebrantar la ley.

—Las tierras de Seaside Plain son mías...

—Cuando lo sentencie un juez, no antes.

—Está bien. De todos modos, voy a pedirle un favor.

—Si está en mis manos...

—¡No se meta en un asunto que no le concierne en absoluto! —dijo Dohane casi a gritos.

Moodson no se inmutó al escuchar aquel violento apóstrofe.

—Perdone la curiosidad, amigo mío, pero si usted me pidiera un consejo legal y yo se lo diera, ¿diría también lo mismo?

Dohane se quedó cortado.

—No es lo mismo...

—No es lo mismo, ¿qué, señor Dohane?

—Bueno, quise decir que...

—¿Tiene usted abogado que represente sus intereses en este litigio?

—¡Naturalmente! Está en Penzance y allí voy a verle cuando lo necesito.

—Entonces, acuda a visitarle una vez más y hágale una pregunta muy sencilla. Pregúntele si es ilegal que su oponente en este pleito consulte a un experto para la mejor defensa de sus intereses.

—Ah, le ha consultado Bridget...

Moodson decidió mentir un poco.

—No, no, pero si me pidiera un consejo legal, yo se lo daría con mucho gusto y de manera desinteresada, además. Soy forastero y, estrictamente hablando, me considero neutral en este pleito. ¿Algo más, señor Dohane?

El visitante se mordió los labios un instante. Pareció como si fuese a decir algo, pero se limitó a hacer una breve inclinación de cabeza, después de lo cual dio media vuelta y se marchó a grandes zancadas.

Zoé asomó la cabeza momentos después, sonriendo maliciosamente.

—Echaba humo, ¿eh?

—Ardía —contestó el joven.

—Hubo un momento en que creí le iba a pegar con ese bastón...

—No se habría atrevido a tanto, señora Hicks.

—Se ve que no lo conoce bien. No hubiera sido usted el primero en recibir unos cuantos bastonazos de ese miserable individuo.

—Usted no parece tenerle demasiada simpatía, ¿verdad? Zoé

hizo una mueca.
—No mucha —contestó—. Con permiso, señor...
La sirvienta desapareció. Moodson quedó junto a la chimenea, con el vaso todavía en la mano.
De pronto a través de la ventana, divisó a Bridget, ocupada en podar unos rosales en el jardín. Un impulso irresistible le hizo dirigirse hacia la puerta inmediatamente.

*
*
*

—Tengo que hacerle una proposición —dijo el joven, tras unos breves saludos de cortesía.
Ella alzó los ojos, sorprendida.

—¿Algo interesante?

—Lo sabremos mañana, después de la excursión que pienso emprender... al interior del pozo.

Bridget se estremeció.

—No..., no tengo mucha confianza con usted todavía, pero... si la tuviera, le haría una pregunta, Tony.

Moodson rió jovialmente.

—Considere que nos conocemos desde hace un montón de años y haga esa pregunta, sea cual sea.

—Muy bien, allá va. ¿Está loco?

—No —contestó él, ahora muy serio.

—Ese pozo es enormemente hondo, Tony.

—Yo no he dicho que vaya a llegar hasta el fondo. Voy a penetrar en el pozo, que no es lo mismo.

—Entonces, no le comprendo, Tony.

—¿Por qué no aguarda a mañana y lo sabrá todo mejor que expresándolo con palabras? Bridget suavizó su expresión.

—Está bien. Quiere que le acompañe... ¿a qué hora?

—¿Le parece bien las nueve de la mañana?

—No hay inconveniente. Estaré dispuesta para esa hora. Ah, otra cosa. Tony.

—Diga, Bridget.

—Barnand me ha llamado hoy por teléfono. Dice que tiene todo listo y que mañana por la tarde traerá los documentos.

—Perfectamente. Espero poder darle mi opinión lo antes posible.

—Gracias. Tony, usted vino a Buthbury, esperando descansar, pero parece como si los problemas le persiguieran hasta aquí.

—No son demasiado complicados. El caso anterior sí lo era y me llevó más tiempo del esperado.

Ella le contempló con admiración.

—Debe de ser usted el as de los abogados —dijo de buen humor —. ¿Era realmente tan complicado el caso que tanto le perjudicó la salud?

—Bastante, mucho más enrevesado de lo que parecía a primera vista, pero lo peor de todo fue que tuve que hacer infinidad de pesquisas para encontrar documentos y testigos que no aparecían por ninguna parte... Algo horroroso, créame.

—Sí, me lo imagino aunque, de todas formas, cuando terminó, también obtendría su compensación.

—Lo mejor de todo fue que gané el caso y que mi cliente era una pobre mujer, que no tenía dinero para pagar a una firma de abogados famosos.

—Entonces... lo hizo gratuitamente...

—Ella ha recobrado lo que le fue despojado y algún día me

pagará —sonrió Moodson—

. Para mí, repito, lo más importante fue ganar, y no por orgullo profesional, sino porque, desde el primer momento, supe que mi cliente tenía razón y conseguí probarlo.

Miró fijamente a la muchacha y, como final, agregó:

—También me gustaría saber que la razón está de su parte, Bridget.

CAPITULO VIII

Bridget se sintió muy asombrada al ver la serie de objetos que Moodson extraía de la enorme mochila que había llevado consigo. La vista del rollo de cuerda la dejó atónita.

—¿Para qué quiere eso, Tony?

—En seguida lo sabrá —sonrió él.

Soplaba una fresca brisa que traía olor a yodo y sales marinas. De la base de los acantilados llegaba el sordo rumor de las olas, batiendo la costa incansablemente.

A lo lejos, cerca de la línea del horizonte, bailaban unos pesqueros en un mar de olas rizadas. Sin perder un segundo, Moodson anudó el garfio al extremo de la soga y luego se colgó del cuello una enorme lámpara portátil.

—Venga aquí, Bridget —dijo.

Ella le siguió hasta el otro lado del pozo, de modo que quedaron con la espalda vuelta hacia el borde del acantilado. Moodson señaló con el índice la mancha negra que se divisaba en la pared opuesta del pozo, a unos veinte metros del brocal.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven.

—Una cueva. Parece sólo un trozo de roca más oscuro, ¿verdad?

—Sí, aunque nunca me había fijado en ello...

—Yo tampoco, hasta hace dos días. Por eso viajé a Penzance, para comprar la cuerda, el gancho y la lámpara. Podía haberlo conseguido aquí, pero preferí evitar habladurías.

—Tony, dígame una cosa: ¿qué espera encontrar ahí?

—No lo sé. Tengo curiosidad, eso es todo. También puede suceder que me sienta un poco aburrido y busque algo de distracción.

—El descenso puede resultar peligroso —advirtió la joven.

—No tengo miedo, no me pasará nada.

—Pero si le falta práctica...

—Cuando tenía dieciocho años, me gustaba el alpinismo y practiqué bastante. Luego, mis estudios me absorbieron y lo dejé, aparte de que, en el fondo, no era un deporte que me entusiasmara demasiado.

—Demasiados riesgos, ¿verdad? —sonrió Bridget.

—Sí, escalas una montaña, llegas arriba, ¿y qué? Los puros fanáticos del alpinismo dicen que se hace porque la montana está allí, pero yo tengo mis dudas al respecto. La montaña seguirá donde está, aunque nadie llegue a su cima.

Moodson terminó de realizar los preparativos y pasó al otro lado de la cerca Situándose en el lugar apropiado, sujetó el arpeo en las piedras, buscando el lugar más seguro, cosa que consiguió

después de algunos tanteos.

Inmediatamente, acometió el descanso. Actuando como un verdadero alpinista, descendió en «rappel», dándose cuenta de que la distancia a la cueva era todavía mayor que lo calculado en un principio.

—La vista engaña —murmuró, cuando, al final, puso los pies en el borde inferior del hueco abierto en la pared del pozo.

Un ligero balanceo le permitió situarse en lugar seguro. Después, se volvió para mirar hacia abajo, pero la profundidad era excesiva y el fondo no se distinguía desde aquel

lugar. Soltándose la cuerda de la cintura, descolgó la linterna y la encendió para iluminar el interior de la cueva.

Era más grande de lo imaginado y el techo tenía la suficiente altura para caminar sin necesidad de agachar la cabeza. La anchura era de unos cuatro metros. El final de la cueva no se divisaba desde la entrada, pero se hizo visible cuando los potentes rayos luminosos de la lámpara barrieron las tinieblas.

Entonces, a unos diez o doce metros de la entrada, Moodson descubrió algo que le dejó completamente estupefacto.

—Dios mío —murmuró—. No me lo puedo creer...

Durante unos momentos, permaneció en el mismo sitio, como si le hubiesen clavado los pies en el suelo. Después, rehaciéndose, avanzó paso a paso para acercarse a los dos esqueletos que, cubiertos apenas por unos harapos, yacían en el fondo de la caverna.

* * *

Inesperadamente, sonó una voz femenina en la entrada de la cueva.

—¡Eh, Tony! ¿Ha encontrado algo de particular? Moodson se volvió en el acto.

—¡Bridget! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí? Ella soltó la cuerda y dio unos cuantos pasos.

—También a mí me gustaba el alpinismo en tiempos, pero no pasé de las primeras lecciones. De todos modos, aún recordaba lo suficiente para descender hasta aquí sin demasiados riesgos.

—Bueno, ya que está hecho, no puedo decirle nada.

De repente, Bridget vio los esqueletos y lanzó un agudo grito.

—¡Tony! ¿Qué son esas cosas tan horribles?

—Los esqueletos de dos personas —contestó él—. Pero no sé decirle cuánto tiempo llevan aquí, aunque debe ser mucho, porque, como ve, sólo quedan ya los huesos.

Ella cerró los ojos un instante.

—No esperaba una sorpresa semejante —manifestó.

—Yo tampoco, Bridget, pero si le parece, voy a examinar esos restos, para ver si consigo algún detalle que permita identificarlos.

—Uno de los esqueletos parece haber pertenecido a una mujer —dijo la muchacha, ya repuesta del susto recibido.

Moodson acercó la lámpara y se arrodilló junto al esqueleto.

—Hay trozos de ropa, evidentemente femenina...
—Y veo algunos cabellos rubios todavía pegados al cráneo. ¡Tony!
—chilló Bridget súbitamente.
—¿Qué pasa? —preguntó él, alarmado.
La mano de Bridget señalaba hacia el esqueleto que estaban examinando.
—Es... fantástico... Es... era, mejor dicho... Prunella Dohane... Moodson dio un terrible respingo.
—¿Está segura, Bridget?

—Sí. Mire, esa pulsera que aún conserva... Yo se la vi muchas veces... Claro que entonces era todavía una niña... Hace lo menos diez años... Pero Prunella no se la quitaba nunca...
—Entonces, el otro esqueleto pertenecía a su amante.
—Freddy Stockwell
—identificó la joven. Moodson entornó los ojos.
—Puesto que sabemos a quién pertenecen estos restos, podemos deducir fácilmente lo que sucedió, ¿no cree?
—Pero ella... desapareció varios meses después de Freddy...
—¿Cuántos años tenía usted entonces?
—Quince y hace nueve que ocurrieron aquellos sucesos.
—Sí, ya tenía edad para saber muchas cosas —admitió Moodson—. Pero Dohane sostuvo siempre que su esposa le había dejado, para divorciarse después.
—Y todo el mundo le creyó, porque tras el incidente ocurrido con Freddy, los dos esposos reanudaron una vida normal, llena de armonía. Respecto a Freddy, se sabía que era un hombre inconstante y nadie se extrañó de que se hubiese marchado, sobre todo, después del vapuleo que le propinó Dohane.
—Dohane supo hacerlo bien —calculó Moodson—. Dejó que pasara algún tiempo, a fin de que todos creyeran en la reconciliación entre los esposos. Pero debe de ser un hombre terriblemente rencoroso, porque no le perdonó el desliz a su mujer y la mató, indudablemente, cuando ella menos lo esperaba.
Bridget sintió un súbito escalofrío.
—No la traería aquí, para abandonarla y que muriese de hambre y de sed supuso, horrorizada.
—No —contradijo Moodson, a la vez que señalaba un punto en la calavera de la mujer— Prunella había muerto ya cuando él la trajo aquí, lo mismo que Freddy.
Bridget pudo ver las señales de un terrible golpe, que había causado el hundimiento de la bóveda craneana. En el otro cadáver, se apreciaba una señal muy semejante.
—Ahora nos enfrentamos con un problema muy serio —dijo la joven.
—¿Sí, Bridget?
—Tenemos que avisar a la policía, ¿no te parece?
Moodson asintió.
—Es nuestro deber —contestó—. Lo haremos en cuanto subamos a la superficie.
—Tony, hay algo que me extraña —manifestó la joven—. Usted, es lógico, no esperaba encontrar aquí dos esqueletos, porque es de

suponer que ignorase su existencia en la cueva. Si es así, ¿qué le impulsó a bajar hasta aquí?

—Se lo diré sinceramente. Estas costas, antaño, abundaban en contrabandistas. Al ver una cueva, pensé que podía haber sido utilizada como escondite y me dije que tal vez encontraría algo interesante, que pudiera tener cierto atractivo..., acaso como objeto de decoración.

—Una pierna de madera o el parche negro para un ojo ausente —rió Bridget.

—O un cofre lleno de monedas de oro —contestó Moodson en el mismo tono. Luego se puso serio.

—Debemos pensar en el regreso, Bridget —añadió. En el mismo instante, se oyó arriba un extraño ruido.

Acometido por un repentino presentimiento, Moodson saltó hacia adelante justo a tiempo de asir el extremo de la cuerda, cuyo garfio había soltado alguien de la cerca del pozo.
El garfio cayó agitándose como una serpiente viva y descendió hasta que la cuerda, sujeta firmemente por las manos del joven, detuvo su caída. Moodson, estupefacto, pese a todo, se quedó como una estatua, con la cuerda pendiendo inútilmente hacia abajo.
Bridget se puso las manos en la boca, para no gritar, por que se daba cuenta de que el regreso a la superficie era imposible.

* * *

No llegaba el menor sonido del exterior, salvo un distante rumor de! oleaje que batía las rocas de la costa. Durante unos momentos, Moodson continuó en la misma postura.
Luego, rehaciéndose, tiró de la cuerda e izó el garfio hasta la cueva.
—Lo han soltado, no cabe duda —dijo sombríamente.
—¿Quién, Tony? —preguntó ella con tono afligido.
—¿Es que no se lo imagina?
—¿Dohane?
—No puede ser otro. Nos ha visto venir y, dándose cuenta de que descendíamos al pozo, ha tratado de evitar nuestra vuelta a la superficie.
—Podía habernos disparado algunos tiros y habría acabado antes —dijo Bridget.
—Los disparos se habrían oído, pero, además, no nos hubiera alcanzado, porque estábamos dentro de la cuerda. Ha optado por la solución más cómoda para él: abandonaron aquí.
—Sin posibilidad de regresar...
Moodson sonrió de una manera extraña.
—Bridget, ¿qué hay en Seaside Plain que pueda tener un interés económico? — preguntó.
Ella pareció vacilar un poco.
—Nada...
—¿Seguro?
—Bueno... Dohane quiere revender las tierras a una organización constructora... Parece que tienen intenciones de edificar aquí... Es un paraje muy hermoso, con unas vistas preciosas al océano...
—Y terriblemente inhóspito en el invierno, cuando ruge la tempestad y los vientos del Noroeste barren el páramo.
—Hay gustos para todo, Tony —alegó ella.
—Sí, y los míos consisten en pasar el invierno en un lugar soleado y cálido, las islas Canarias, por ejemplo.

—No ha hecho realidad sus sueños, viniéndose a Buthbury.

—Necesitaba descanso auténtico, en un lugar donde no hubiese aglomeraciones, aunque fuese en mal tiempo. ¿Piensa usted vender Seaside Plain, si gana?

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Se lo agradeceré.

—Bien, las tierras tienen extensión suficiente para criar varios millares de ovejas. Paxton tiene unas cien en su rebaño. Llevaríamos el negocio a medias, él como jefe de pastores, porque tendría que contratar ayudantes y... Siempre sería eso mejor que llenarlo de rascacielos, me parece.

—Menores gastos y mayores beneficios, desde luego. ¿Ha hablado ya con Paxton?

—Sí, desde luego, y está conforme en llevar el asunto adelante aunque por ahora guardamos el secreto. Siempre que me atribuyan la propiedad de Seaside Plain.

—Espero que lo consiga, Bridget. Y ahora, ¿qué le parece si iniciamos el camino de vuelta a la superficie?

—Es imposible, Tony. Tendremos que gritar.

—No necesitará romperse la garganta para salir de aquí —aseguró él.

Regresó al interior de la cueva y volvió con la linterna, que dejó en el suelo, de modo que su haz de rayos luminosos incidiera en la pared opuesta. Entonces, Bridget vio los peldaños de hierro que había en el otro lado del pozo y empezó a comprender las intenciones del joven.

Moodson lanzó el garfio y lo enganchó en uno de los peldaños. Probó su resistencia y, satisfecho, se volvió hacia su acompañante.

—Empezamos la operación retorno —dijo con jovial acento.

CAPITULO IX

Suspendido de la cuerda, como una araña de su hilo, Moodson atravesó el pozo y puso los pies en la pared, para amortiguar el choque. Luego alargó la mano izquierda y agarró uno de los peldaños de metal.

Inmediatamente, puso los pies en otro situado más abajo. Bridget, con la respiración en suspenso, contemplaba ansiosamente las maniobras del joven.

De pronto, oyó algo que la dejó atónita:

—Bridget, voy a descender hasta el fondo!

—¡No, no lo haga, Tony! —gritó ella, aterrada—. Podría sufrir un gravísimo accidente...

—Bajaré —dijo Moodson resueltamente—. Cuando se lo diga, enfoque la linterna hacia abajo.

—Si pudiera pasar al otro lado, le daría una buena bofetada. ¿No se da cuenta de que está comportándose como un chiquillo sin conocimiento?

—La curiosidad me vence —contestó él de buen humor.

Bridget lo vio descender peldaño a peldaño. Agarró la linterna y procuró alumbrarle el camino hacia aquella sima que no parecía tener fondo, hasta que, pasados unos minutos, lo perdió de vista.

—¡Tony, Tony! —gritó, muy asustada.

Su voz reverberó fragorosamente en el interior de aquel colosal tubo. Le pareció que alguien repetía su llamada riendo con satánicas carcajadas.

Durante un buen rato, Bridget sólo percibió silencio. De pronto, captó algo que parecía provenir del mismo centro del planeta:

—¡Bridget! ¿Me oye usted? —preguntó Moodson.

—Sí —respondió ella—. Le oigo perfectamente. ¿Ha llegado al fondo?

—Aquí estoy —dijo el joven—. No tema, no hay nada de particular. Subiré en seguida.

—No se demore. Empiezo a sentirme nerviosa.

—No tiene por qué preocuparse. Todo está en orden.

«La distancia debe de ser enorme», pensó Bridget, debido al tiempo que pasaba entre cada frase. Se preguntó de quién debía haber sido la idea de construir aquel absurdo pozo y cuál había sido el objeto de algo que no parecía tener sentido.

Transcurrió un tiempo cuya duración no supo precisar. De pronto, oyó al joven mucho más cerca.

—Ya llego, Bridget.

Ella enfocó la linterna y vio a Moodson subiendo por la escalera de peldaños de hierros. Al llegar a la altura de la cueva, se detuvo un

momento para descansar, volviéndose hacia ella con la sonrisa en los labios.
—Una excursión muy interesante —comentó.
—No había nada abajo, sin embargo.
—Rocas, piedras y unos charcos de agua. Parece ser que hay filtraciones del mar, pero no es cosa que tenga importancia.
—¿Filtraciones?
—Claro, mujer. El mar está en línea recta a unos ciento cincuenta metros. Pienso que el fondo se halla a un nivel ligeramente inferior. También puede suceder que esos charcos

procedan de agua de lluvia. Ha llovido últimamente, creo.
—Sí, hace un par de noches cayó un buen chaparrón. La semana pasada estuvo lloviendo dos días seguidos.
—Bien, ya no tenemos nada más que hacer aquí abajo. Voy a alcanzar la superficie y echaré la cuerda desde arriba. Usted se la sujetará a la cintura y ya me indicará cuándo debo empezar a tirar para ayudarla a subir. ¿Entendido?
—Sí, perfectamente.
Unos minutos más tarde, Bridget ponía pie en el exterior. Al verse fuera del pozo, exhaló un profundo suspiro.
—Me parece mentira, Tony —sonrió.
—No es un sueño —contestó él, mientras recogía la cuerda. Bridget le dirigió una profunda mirada.
—Tony, hemos encontrado abajo los restos de dos personas que, evidentemente, fueron asesinadas. Tenemos que informar a la policía; es nuestro deber.
—Voy a pedirle un favor. Guarde silencio por ahora, no diga nada a nadie.
—¿Por qué? —se extrañó la muchacha.
—Haga lo que le pido, se lo ruego. Después de nueve años, unos días más o menos no tienen importancia.
—Diríase que quiere dar una sorpresa a Dohane...
—Algo por el estilo —respondió él evasivamente—. No diga nada, se lo ruego.
—No le comprendo, pero haré lo que me pide. Y ahora, dígame una cosa: ¿Quién trató de jugarnos una mala pasada, lanzando la cuerda al pozo?
—Eso es lo que me gustaría a mí saber. Le daría un buen puñetazo en la nariz, créame.
—Es fácil imaginárselo, Tony. Fue Dohane.
—Sí, tuvo que ser él. ¿Quién, si no?
Bridget creyó captar cierto retintín irónico en la voz del joven, aunque Moodson se mantenía completamente serio.
—Tal vez está pensando en Sheakey —apuntó.
—Podría ser. También tiene motivos para no sentir simpatía hacia nosotros. Moodson terminó de recoger las cosas y se echó la mochila a la espalda.
—Es hora de regresar —sonrió—. ¿Cómo se siente?
—Me parece como si acabara de salir de una tumba... que no tiene fondo.
—Tiene fondo, aunque no lo parezca —dijo Moodson gravemente.
Echaron a andar. Cuando llegaron a la casa de Bridget, recibieron una enorme sorpresa. Richard Barnand estaba derrumbado en un

sillón, con las ropas un tanto desordenadas y un gran parche en el lado izquierdo de la frente.

El abogado parecía sentirse bastante mal. Al ver a Bridget, dijo:

—Lo siento. No sé cómo pedirte disculpas... pero... me han robado tus documentos...

* * *

Repuesta de la impresión, Bridget hizo té y ofreció una taza al abatido Barnand.

Moodson, en pie junto a la repisa de la chimenea, fumaba en su pipa.

—¿Qué le ocurrió, señor Barnand? —preguntó, cuando el otro dio muestras de sentirse mejor.

—Había un coche parado a unas dos millas de Buthbury y un hombre que parecía disponerse a cambiar una rueda deshinchada. El automóvil estaba casi en el centro de la carretera y tuve que frenar casi totalmente, porque apenas si me dejaba paso. Entonces, el sujeto se revolvió y me amenazó con una pistola.

—¿Le vio el rostro?

—No. Cuando divisé el coche, él estaba agachado, dándome la espalda. Al volverse hacia mí, pude apreciar que tenía la cabeza cubierta por una media. No vi mucho más; me hizo salir del automóvil y luego me golpeó en la frente con la pistola. Cuando recobré el conocimiento, estaba sentado de nuevo tras el volante de mi coche... La cartera con los documentos había desaparecido. Sin duda se la llevó ese miserable...

—Señor Barnand, procure recordar todos los detalles que pueda —solicitó el joven—. Ya sabemos que no le vio la cara, pero, ¿cómo era el asaltante? ¿Bajo, alto, grueso, delgado, fornido? ¿Tenía algún defecto al hablar? ¿Cree que disfrazada la voz? ¿Vio algo de particular en sus ropas? ¿Llevaba guantes?

Barnand dirigió una mirada de asombro a Moodson.

—Parece usted un policía profesional...

El joven sonrió.

—Tengo cierta práctica —contestó—. He asistido a muchos interrogatorios policiales. Por otra parte, las preguntas que le he formulado son puramente rutinarias. Conteste, por favor.

—Bien, yo diría que era bastante fuerte, ancho de hombros, con unos brazos muy robustos... La ropa era corriente; un chaquetón de paño, a cuadros... Pantalones de pana, botas de media caña... Sí, llevaba guantes y, además, un gorro de lana, con borla. No habló apenas; sólo pronunció una frase: «Fuera o disparo», y me pareció que hablaba con los dientes muy juntos...

Moodson se volvió hacia la muchacha.

—Por las señas, parece Sheakey.

Ella asintió.

—Sí, el mismo. Si tenemos en cuenta que trabaja para Dohane, encontraremos lógico el asalto que ha servido para despojarme de lo que es legalmente mío.

—Aún no se ha perdido nada —aseguró el joven—. Señor Barnand, siento mucho lo ocurrido. Deseo que se mejore pronto.
—Muchas gracias.
—Bridget, con su permiso... Vendré en otro momento.
—Cuando guste, Tony.
En el momento en que salía, Moodson oyó la voz de Barnand, con tonos desabridos.
—Le tratas con mucha confianza, Bridget.
—Somos buenos amigos, eso es todo, Richard.
Moodson sonrió. Le agradó saber que el maltrecho abogado se sentía celoso.
Luego torció el gesto. La pérdida de los documentos podía representar un duro contratiempo para los proyectos de Bridget.

* * *

Entró en The Red Cave ya muy tarde, cuando apenas si quedaban un par de clientes. Edith le miró maliciosamente. —Tendrás que darte prisa —dijo—. La ley me obliga a cerrar a las once de la noche y, a partir de esa hora, ya no puedo vender una sola gota de alcohol.

—Conozco la ley y sé que no existe ninguna que te impida convidar a un amigo en tu habitación.

—Muy cierto —admitió ella, con un brillo especial en los ojos—. Sigue el pasillo que hay al otro lado de aquella puerta; sube al primer piso y aguárdame en la habitación del fondo, a la derecha.

Moodson hizo un leve gesto de aquiescencia. Cuando recorría el corredor del primer piso, en el que se veían ocho o diez puertas cerradas, oyó rumores de voces y risas contenidas.

«Un hotel muy particular», se dijo mientras abría la puerta indicada.

La habitación estaba decorada con gran lujo, aunque no con demasiado gusto. La cama era enorme, sobre un estrado cubierto de moqueta de un estremecedor color escarlata. Había también una salita, con una mesa y dos butacas, y otra puerta, supuso, daba al baño.

La parte destinada a dormitorio podía aislarse por unas cortinas que separaban la estancia en dos partes. Edith llegó diez minutos más tarde, corrió las cortinas y desapareció de la vista del joven.

—Tienes botellas y copas. Sírvete tú mismo —indicó.

—Gracias. Esperaré a que salgas. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, no puedo quejarme. Es un excelente negocio.

—Te felicito. Pero ¿no protestan en el pueblo?

—Son muy comprensivos. Además, las gentes de Buthbury no frecuentan demasiado el local. Mis clientes, proceden, principalmente de otras poblaciones.

—Lo tienen registrado como hotel, supongo.

—Con licencia para despachar bebidas a las horas permitidas por la ley. ¿Algo más, señor curioso?

—Sí. Cuéntame cosas del pleito entre la señorita Courtney y Dohane.

Edith asomó la cabeza instantáneamente, por un hueco abierto en las cortinas.

—¿Qué te interesa de esa joven? —preguntó.

—Asuntos legales —sonrió él.

—Asuntos legales, ¿eh? —dijo Edith maliciosamente. Moodson estaba sentado y se puso en

pie.
—Cuando estoy con una mujer hermosa, olvido a todas las demás, al menos en el sentido en que tú piensas.
Bruscamente, agarró las cortinas y las separó de golpe. Edith lanzó un chillido.
—Me has pillado desnuda...
—Era lo que estaba esperando.
Moodson puso la mano entre los senos de la mujer y la hizo caminar hacia atrás. Las piernas de Edith chocaron de pronto con la cama y cayó de espaldas, con los pies por

alto.
—Esto es una violación —protestó.
—Con el permiso y a gusto de la interesada —sonrió él, a la vez que se aflojaba el nudo de la corbata.

CAPITULO X

El hombre pateó el suelo con furia. Hank Sheakey maldijo la idea que había concebido alguien de citarle en aquel lugar y a una hora tan intempestiva. Aquella cita iba a hacerle perder otra, mucho más agradable. Si se retrasaba, Jeannie Cross le dejaría por otro y eso era algo que disgustaba profundamente a Sheakey.

Consultó el reloj. La esfera luminosa le permitió ver la hora. El hombre que le había citado junto al pozo se retrasaba ya diez minutos.

—Le concedo otros diez más —dijo entre dientes—. Si no aparece para entonces, lo enviará al diablo y que venga a buscarme durante el día.

De pronto, oyó un ruido en las inmediaciones.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Sheakey.

—Hank, venga.

Sheakey se aproximó a la cerca de piedra.

—¿Dónde está usted?

—Aquí, hombre. Vamos, no tema; pase al otro lado. Quiero enseñarle algo muy importante.

—Le advierto que si veo que se trata de una broma, no lo va a pasar bien. A nosotros nos han contratado para un determinado trabajo y cada día que pasamos inactivos perdemos un montón de dinero.

—Le comprendo, pero ahora mismo va a ver la solución.

—Podía haberme citado a otra hora mejor.

—No quería que nos viese ella.

—Está bien.

De mal talante todavía, Sheakey pasó las dos piernas sucesivamente por encima de la cerca. Apenas había puesto los pies en el suelo, se sintió agarrado por un brazo.

Dos manos tiraron de él con tremenda potencia. Sheakey lanzó un grito horroroso.

—¿Se ha vuelto loco? —aulló.

La sorpresa había sido demasiado grande para resistir con éxito. El impulso tomado por su atacante lo hizo dar un par de pasos en el suelo. El tercero fue dado en el aire.

Sheakey emitió un espantoso alarido cuando vio que su pie derecho no encontraba apoyo sólido. Braceó frenéticamente, pero su cuerpo se había inclinado ya demasiado y la mortal caída se inició de forma irremisible.

El otro se inclinó ligeramente, a la vez que hacía un burlón saludo con la mano.

—Buen viaje... a esa tumba sin fondo —murmuró.

El ruido del choque del cuerpo de Sheakey contra las rocas del fondo llegó poco después, un horrible sonido, que no pareció impresionar al asesino. Éste dio media vuelta, salvó la cerca y se fundió con las tinieblas.

* * *

La mina se hallaba abandonada. Hasta poco antes de la guerra, había estado en plena actividad. Luego, el filón se había agotado y el trabajo se había terminado para los mineros. El pueblo había pasado por una dura época de recesión, de la que no se había

recobrado totalmente.

Moodson pensaba todo aquello, mientras contemplaba las ruinas de las instalaciones. La mina estaba escasamente a una milla de Buthbury, en lo alto de una colina. Desde allí, se divisaba un extenso panorama.

Podía ver el mar a lo lejos y la línea irregular de los acantilados, a unas dos millas y media. Se preguntó si era cierta la leyenda del túnel que, desde la mina, permitía la comunicación con el pozo.

Si era así, ¿qué objeto

tenían el uno y el otro?

El contrabando.

En tal caso, ¿para qué tanto trabajo?

—No le costaría demasiado al primer Dohane —murmuró—, A fin de cuentas, tenía hombres de sobra para manejar los picos.

Lentamente, se acercó a un pozo, cubierto con tablas, para evitar caídas desgraciadas y, durante unos momentos, se sintió tentado de descender, a fin de ver si encontraba la entrada del túnel. Desistió muy pronto; hacía ya más de cuarenta años que nadie trabajaba allí y los trabajos de mantenimiento habían sido nulos.

Cualquier pequeño movimiento podía provocar una catástrofe. No, no sentía el menor interés por descender a un lugar absolutamente inseguro.

Pero ¿no había en alguna parte documentación sobre la mina?

Tendría que preguntarlo. Edith no había despejado sus dudas sobre el particular, ya que ella, aunque sabía muchas cosas, desconocía prácticamente lo relativo a la mina.

Repentinamente, oyó un chasquido.

Miró a todas partes, buscando el origen del ruido. Un segundo después, vio una vagoneta que se deslizaba con fuertes vaivenes sobre unos carriles en pésimo estado. La vagoneta, oxidada, casi parecía más un montón de chatarra, pero estaba cargada con pedruscos de gran tamaño.

Moodson bajó la vista a sus pies. Sin darse cuenta, se había situado en el centro de la vía. Saltó a un lado y la vagoneta pasó junto a él, para dirigirse hacia el pozo, en donde terminaba la vía. Al llegar al final, el vehículo saltó con tremendo impulso fuera de los rieles y se precipitó sobre la tablazón que cubría el pozo.

Se oyó un tremendo crujido, seguido de una serie de ruidos de todas clases. La vagoneta, con su carga, se precipitó en el hueco, hasta estrellarse contra el fondo.

Entonces, ocurrió algo inesperado.

El suelo retembló. Las sacudidas provocadas por la caída de la vagoneta alteraron el precario equilibrio del subsuelo. Las paredes del pozo empezaron a derrumbarse.

Pareció como si se produjera un terremoto. Un enorme castillete se vino abajo con horrible estrépito. Un gran edificio de madera se deshizo en astillas.

Parecía obra de brujería. En pocos momentos, la mayoría de las instalaciones que aún se mantenían en pie, se vinieron abajo, como simples castillos de naipes.

El rumor del derrumbamiento se propagó luego por el subsuelo, a lo lejos, en determinada dirección. Moodson no pudo evitar una mirada hacia el pozo situado junto a los acantilados.

En aquel instante, adquirió la convicción de que había existido un túnel secreto, pero las convulsiones de la tierra habían provocado su derrumbamiento prácticamente toda su

extensión.

Un extraño fenómeno se produjo momentos después. Junto a los acantilados, se elevó una columna de algo que parecía humo amarillento.

Moodson comprendió lo ocurrido. El humo no era sino polvo que había salido a través de la cueva donde habían encontrado los esqueletos. El túnel había existido realmente y el polvo procedía de los escombros causados por el hundimiento.

La catástrofe había originado ruidos que fueron oídos en Buthbury. Moodson vio a algunas personas que corrían hacia la colina y se dispuso a salir a su encuentro para tranquilizar a los alarmados vecinos.

En cuanto al hombre que había intentado asesinarle, sin duda para ejecutar la amenaza enviada días antes con una rata muerta, no merecía la pena intentar buscarle siquiera. Había demasiados sitios donde esconderse y el terreno era allí muy irregular, con barrancos y vaguadas donde una persona podía perderse con toda facilidad.

Lo tendría en cuenta para lo sucesivo, se propuso.

* * *

Cuando llegaba a su casa, oyó voces destempladas al otro lado del seto que separaba su jardín del de Bridget.

La curiosidad fue más poderosa que su sentido de la discreción y se acercó al seto. Bridget estaba en la puerta de su casa, hablando con un desconocido, que parecía muy irritado.

La muchacha, se veía claramente, estaba a la defensiva.

—No sé nada de lo que me está diciendo, señor Heard. No he visto al señor Sheakey desde el día...

—Usted le amenazó con una escopeta. El me lo contó con todo detalle —protestó el individuo a grito pelado.

Moodson identificó al sujeto inmediatamente. Su voz resultaba inconfundible. La había oído días antes, en las inmediaciones del pozo.

—La escopeta estaba descargada y tengo un testigo que puedo probarlo —respondió la muchacha.

—Señorita, ¿se da cuenta de que su insensata actitud me está haciendo perder mucho dinero?

—Yo no tengo la culpa.

—Perdonen que intervenga —dijo Moodson desde el seto—. ¿Puedo ayudarla en algo, Bridget?

—Oh, Tony... —exclamó ella, visiblemente aliviada al ver a Moodson—. Este hombre me achaca no sé qué fantásticas historias

acerca de la desaparición de su capataz.

El otro se volvió.

—Soy Martin Heard, constructor —se presentó—. ¿Quién es usted, señor curioso?

—Moodson, abogado, de Londres —repuso el joven sin amilanarse por la belicosa actitud del individuo—. Y me gustaría saber de qué acusa a la señorita Courtney.

—Mi capataz ha desaparecido. Es posible que ella tenga algo que ver con tal desaparición. Hank me contó lo que había pasado cuando quiso empezar los trabajos...

—Ilegalmente y en un lugar al que no tenía derecho a acceder —cortó el joven fríamente—. Yo estaba allí presente y puedo asegurarle que la escopeta de la señorita Courtney no tenía munición. Pero también sé que usted se entrevistó con Dohane allí, en secreto, a fin de iniciar unas obras que no pueden hacerse en forma legal.

Heard enrojeció vivamente.

—No sé de qué me está hablando...

—Lo sabe muy bien, señor mentiroso. Y si su capataz ha desaparecido, búsquelo por otra parte. A lo mejor, se ha cansado de esperar un trabajo que no puede comenzar y se ha ido sin despedirse de nadie.

—Acudiré a la policía...

—Hágalo. Sin pruebas, su acusación puede ser considerada como calumnia y ella le demandaría en forma apropiada.

Las mandíbulas de Heard se contrajeron bruscamente.

—Creo que sería conveniente enterar de todo al señor Dohane —rezongó.

—Muy cierto. Ah, y otra cosa, señor Heard. ¿Ha cobrado ya algún dinero del señor Dohane?

—Me entregó una cantidad a cuenta...

—Sí, un cheque. ¿Cuál era su importe?

—Trescientas cincuenta libras. Pero eso, ¿qué diablos le interesa a usted? Moodson sonrió maliciosamente.

—Quizá sea lo único que cobre de él. Hay cierta persona a la que debe seis mil libras y a quien no ha pagado todavía. Vaya y comente este asunto con él; puede que reciba unas respuestas muy curiosas.

—De modo que usted opina que no me va a pagar...

—Yo no opino nada; simplemente, me limito a establecer hechos.

De pronto, Heard dio media vuelta y se encaminó hacia la salida del jardín.

—Me parece que voy a devolver su dinero a ese estafador —barbotó furioso—, Al diablo las obras en aquel maldito pozo.

Después de que Heard se hubo marchado, Moodson cambió una mirada con la muchacha.

Bridget parecía muy incómoda. Moodson pensó que era su deber tratar de darle ánimos.

* * *

Aceptó sin remilgos la copa que ella le ofrecía y luego se puso a cargar la pipa.

—Si es cierto que Sheakey ha desaparecido, entonces ya son tres

las personas que han corrido la misma suerte.
—¿Se refiere a Pewggy Barstow y a su amante también? El joven hizo un gesto afirmativo.
—Exactamente —respondió.
—Pero... eso no tiene sentido... No sé qué relación puede haber entre Sheakey y la señora Barstow y su amigo. No lo comprendo en absoluto.
—Tampoco yo, por ahora, aunque espero saberlo dentro de un plazo razonable. Por cierto, ¿dónde está Barnand?

—Se ha marchado. Ha mejorado por completo y dijo que se iba, para ver si conseguía duplicados de los documentos que le robaron.

De pronto, Bridget hizo un gesto de desaliento.

—A veces no entiendo cómo se me ocurrió meterme en este pleito sin sentido...

—¿Por qué lo inició usted? —preguntó el joven.

—Parte de esas tierras pertenecieron a mi abuelo. Nunca tuve demasiado interés en la propiedad, pero un día, Paxton me habló del buen negocio que podría ser la cría de varios miles de ovejas.

—El buen Paxton nunca me dijo nada sobre el particular. Más bien diría que trató de desviar la cuestión.

—Acordamos llevar las gestiones en secreto. Otros podrían pensar lo mismo y estropearnos el negocio.

—Comprendo. De modo que parte de esas tierras pertenecieron a su abuelo...

—Sí, encontré algunos documentos y Barnand inició las primeras gestiones. Dohane se enteró entonces y ahí empezó el pleito.

—Ciertos asuntos legales, a veces, se enredan como si fuesen las cerezas de un cesto — sonrió el joven—. Pero, a pesar de todo, no considere nada perdido todavía. Y hablando de otra cosa, se ha enterado de la catástrofe, supongo.

—He oído ruidos y hasta he percibido un ligero temblor de tierra... ¿Qué ha pasado exactamente, Tony?

—Alguien intentó asesinarme...

Moodson explicó lo que había ocurrido en la mina y concluyó: —La leyenda sobre el túnel era cierta, pero ya no existe, porque se ha hundido. Casi parecía obra de brujería, sentir la propagación del derrumbamiento hacia el pozo de los acantilados. Incluso vi salir una polvareda del pozo, lo que significa que el túnel terminaba en aquella cueva.

—Sí, pero ¿qué utilidad tenía?

—Posiblemente lo sepa dentro de un día o dos —contestó él.

—¿Cómo, Tony?

—Consultaré los archivos del ayuntamiento. Algo tiene que haber sobre ese túnel. Y empezaré hoy mismo.

la voz de Zoé se dejó sentir de pronto al otro lado del jardín:

—¡Señor Moodson, venga, pronto! Acaban de traer una carta urgente para usted. Moodson, extrañado, se despidió de la muchacha. Momentos después, tenía en las manos un sobre, que rasgó nerviosamente.

Dentro había una cuartilla con unas pocas palabras:

Por favor, es muy urgente. Ven cuanto antes.

Edith.

El joven dudó unos instantes. Luego, con paso rápido, echó a andar en dirección a The Red Cave.

CAPITULO XI

—Se trata de Jeannie Cross —dijo Edith—, Está muy inquieta, porque ha desaparecido su amigo.

Moodson alzó las cejas.

—¿Te refieres a Jared Kipple?

—¡Por Dios! ¿Cómo puedes imaginar tal cosa? Jeannie tiene otros gustos muy distintos, bastante más refinados, aunque tampoco se pueda decir que él sea un aristócrata.

El joven empezó a impacientarse.

—¿Quieres dejarte de rodeos?

—Está bien. Jeannie, repito, se siente muy aprensiva. El tenía que haber acudido hace dos noches. Iban a hablar de un asunto muy importante para los dos.

—¿Qué asunto, Edith?

—Querían casarse, pero a él no le gustaba que Jeannie siguiera en mi hotel. Puedes comprender los motivos, Tony.

—Sí, comprendo perfectamente. ¿Y...?

—Pues que él no vino a la hora acordada, porque había reservado la habitación, y la pobre Jeannie estuvo aguardándole en vano toda la noche, ni tampoco vino ayer en todo el día, siquiera para excusarse, ni apareció por la noche. Y ella asegura que él es muy puntual y cumplidor en sus citas...

—Edith, por todos los diablos, ¿quieres decirme de una vez
de quién se trata? Edith se dio una palmada en la frente.

—¡Qué tonta soy! Había olvidado decirte su nombre... Es Hank Sheakey.

—¡Sheakey!

Moodson se puso rígido. Ella le miró con gran interés.

—¿Sucede algo? ¿Tienes noticias de Hank? —preguntó ansiosamente.

—Las que tengo no son buenas —contestó el joven con grave acento—, Jeannie no es la única persona que ha echado en falta a Sheakey.

Edith palideció.

—¿Lo... habrán asesinado?

—¿Quién iba a hacerlo? —se extrañó el joven.

Ella, evidentemente muy nerviosa, se retorció las manos un momento. Luego, con la vista en el suelo, murmuró:

—Tengo que confesarte algo, Sheakey estaba metido en un asunto nada limpio. No sé exactamente qué era, ni Jeannie tampoco, porque no quiso decírselo nunca, pero sé que era un negocio de mucho dinero.

—Los negocios turbios dan muchos disgustos, Edith.

—Sí, por desgracia, así es. Si supiera algo más...

—No te preocupes. Trataré de averiguar qué le ha pasado a Hank. Y si tú consigues saber algo, no dejes de decírmelo inmediatamente

—Lo haré, Tony, descuida.

Moodson abandonó el hotel. Consultó la hora.

Era ya demasiado tarde para ir al ayuntamiento y examinar los archivos.

—Empezaré mañana por la mañana, a primera hora —se propuso.

* * *

Moodson desapareció prácticamente en los dos días siguientes, durante los cuales apenas si se dejó ver por otra persona que por Zoé y ello solamente a la hora de la cena y el desayuno.

La sirvienta empezó a refunfuñar acerca de la actitud del joven.

—Vino aquí a descansar y a despreocuparse de todo y está trabajando el doble que en Londres —le dijo al servirle la cena, en la segunda noche—. Eso no puede ser bueno para su salud...

Moodson sonrió.

—Es una tarea muy diferente y, además, terriblemente atractiva. Pero no se preocupe; he terminado ya de hurgar en los polvorientos legajos del archivo del ayuntamiento.

—¿Ha sacado algo en limpio?

El joven dejó de sonreír en el acto.

—He sacado algo que es todo lo contrario: espantosamente sucio, señora Hicks.

—¿Algo relacionado con el pozo sin fondo?

—En cierto modo, así es. Oiga, usted está enterada...

—Claro, todo el mundo comenta lo que está pasando. El pozo es conocido de la gente de Buthbury desde generaciones, aunque ya se han olvidado los motivos que originaron su excavación. Se supone que lo hicieron unos contrabandistas, pero nadie lo sabe ya con exactitud. Han pasado doscientos años y eso es mucho tiempo.

—Sí, dos siglos —convino Moodson—. Y en aquella época, centenares de infelices se dejaron los huesos para que un par de desaprensivos pudieran labrarse una fortuna inmensa.

—¿Conoce los nombres, señor?

—Está escrito en los papeles del archivo, aunque no menciona cosas que, sin embargo, se pueden deducir fácilmente.

—Me siento devorada por la curiosidad, señor —confesó Zoé—. Debe de ser una historia fascinante...

El joven sonrió, a la vez. que se ponía en pie.

—Algún día, aunque muy pronto, conocerá toda la historia. Con su permiso, voy a ver si me invitan a una copa en la casa de al lado.

Una chispa de malicia apareció en los ojos de la sirvienta.

—Ella es muy guapa, señor.

—Salta a la vista, Zoé.

—Y el señor Barnand no es el hombre que le conviene.

—¿Por qué lo dice?

Zoé hizo una mueca.

—No lo sé exactamente, pero lo presiento. Debe ser el instinto femenino... Ese hombre no es lo que parece, créame.

—Yo lo veo muy inteligente y simpático —dijo Moodson.

—Dicen que Barba Azul era inteligente y simpático —contestó la sirvienta con socarronería.

—No le quiera tan mal, mujer —repuso el joven.

—De todas formas, usted vale mil veces más, señor.
—Muchas gracias por el buen concepto que tiene de mí, Zoé.
—Lo que está a la vista, a la vista está —dijo ella sentenciosamente.
Moodson contuvo una sonrisa. Dado que la distancia era muy corta, no necesitó ponerse el chaquetón. Momentos después, solicitaba con aire fingidamente apesadumbrado, la caridad de una copa de coñac.
—Y un sillón junto al fuego —añadió Bridget sonriendo cálidamente.
—Con usted al lado, el complemento ideal de la velada —aseguró él.

* * *

Minutos más tarde, Bridget estaba enterada de lo que Moodson había conseguido averiguar en los archivos del municipio.
—Es una historia tan fantástica, que casi no se puede creer —dijo.
—Todo está escrito, sin embargo, he tomado abundantes notas, las suficientes como para escribir un libro de varios centenares de páginas.
—Pues quizá resultaría interesante publicarlo —apuntó ella.
—Añadiendo, en todo caso, el colofón que sería la solución actual del enigma.
—¿Está muy cerca esa solución, Tony?
—Yo creo que sí, Bridget?
—¿Cuándo?
—Un día, dos a lo sumo. Entonces, habré conseguido explicar el misterio del pozo que algunos llaman la tumba sin fondo.
—Le falta algún detalle, por supuesto.
—Sí, pero casi más bien de índole práctico, es decir, probar de un modo concluyente la historia.
—¿Cómo piensa hacerlo, Tony?
Moodson no pudo contestar. En aquel instante, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.
Bridget miró alarmada en aquella dirección. Moodson hizo un gesto tranquilizador.
—Yo abriré, no se preocupe —dijo, a la vez que se levantaba.
—Cruzó la sala, abrió la puerta y, en el mismo instante, un puño le alcanzó en el mentón, derribándole al suelo.
Bridget lanzó un gritó de cólera.
—¡Señor Dohane! ¿Cómo se atreve usted...?
El recién llegado aparecía furiosísimo. Moodson no había perdido el conocimiento y, todavía en el suelo, se tanteó la mandíbula.
—Pega fuerte, amigo, aunque sin razón —dijo.
Dohane se inclinó hacia

él.
—Levántese, maldito. Póngase en pie y defiéndase, porque le voy a pegar la paliza más grande de su vida.
—¿Le sabe mal que le dijera a Heard que acaso no me podría pagarle? Dohane se quedó cortado.
—¡Es una inmunda calumnia! —gritó.

—Entonces, ¿por qué no le pagó a la señora Barstow?
—Tenía dinero suficiente, pero lo necesitaba para las obras en Seaside Plain. Bridget adelantó un par de pasos.
—Acaso quería cerrar de ese modo la tumba donde yacen los restos de su esposa y de Freddy Stockwell —dijo en tono acusador.
El rostro de Dohane se puso lívido.
—¿Qué..., qué está diciendo?
Bridget pensó que había cometido una imprudencia, al desobedecer las indicaciones de Moodson, pero era ya tarde para rectificar.
—Encontramos dos esqueletos que pertenecen, indudablemente, a... En aquel instante, alguien tocó a Dohane en el hombro, por detrás.
—Señor, ¿es usted Félix William Dohane?
El sujeto se volvió. Fuera había tres hombres, uno de ellos de paisano y los otros dos con uniforme azul.
—Sí, soy yo, ¿qué pasa?
—Lamento tener que decirle, señor, que está arrestado. Se le acusa de homicidio en la persona de su esposa Prunella y de Freddy Stockwell. Puede callar, pero si habla, lo que diga puede ser considerado como prueba contra usted cuando sea juzgado.
Los hombros de Dohane se hundieron. Abrumado, sin pronunciar una sola palabra, se dejó poner las esposas.
El policía sonrió.
—Gracias por tu aviso, Tony —dijo—. Nos has hecho un gran favor.
—Celebro haberte ayudado, Sam —contestó el joven.
—Ya hemos retirado los esqueletos. Mañana terminarán los forenses su tarea. Volveremos a vernos, Tony.
—Cuando gustes. A tu disposición, ya sabes.
Moodson se cerró la puerta y se volvió hacia la muchacha.
—De modo que habías avisado ya a Scotland Yard —dijo ella, estupefacta.
—Sí, pero no quería que se divulgase la noticia, compréndelo. Esta misma tarde, han ido unos cuantos policías y han encontrado los esqueletos en la cueva. El resto ya no es cosa nuestra.
Bridget lanzó un hondo suspiro.
—¿Debo considerar que me he quedado sin competidor?
—Eso lo decidirá el juez, Bridget.
—Pero... sin los documentos...
—Los encontraremos, ¿no te preocupes?
—¿Sabes dónde están?
Moodson sonrió de un modo especial. Pero antes de que pudiera decir nada, se oyeron unos fuertes gritos en la casa contigua.
—¡Socorro! ¡Al ladrón, al ladrón! ¡Bandido, deténgase...!

—¡Es Zoé! —exclamó Bridget, alarmada.

El joven dio media vuelta y se precipitó corriente hacia la puerta. Ella le siguió en el acto.

Zoé estaba en el umbral de la casa, roja de ira, blandiendo un puño en dirección a la

parte más oscura de la calle.
—Ese miserable canalla... Bandido asqueroso... Moodson agarró por un brazo a la sirvienta.
—Zoé, ¿qué diablos ha pasado aquí? —preguntó.
—Había un ladrón en su dormitorio, señor. Fui a prepararle la cama y me lo encontró, revolviéndolo todo... Al verme, escapó por la ventana... Me pareció que se llevaba un fajo de papeles.
Moodson apretó los labios.
—Ya me imagino qué vino a buscar el ladrón —dijo.
—No serían mis documentos —supuso Bridget. Moodson se volvió hacia la muchacha.
—Más le habría convenido, en todo caso, quemar los archivos del municipio. A fin de cuentas, ahora ya sé dónde están los legajos que cuentan la historia de la mina y del pozo sin fondo —declaró.
—El ladrón destruirá esos papeles, sin duda.
—No importa. Ya le echaré el guante.
—¿Seguro, Tony?
—Apostaría doble contra sencillo a que no pasa de mañana sin que haya caído en la trampa.
—¿Qué trampa? —preguntó ella.
—La que voy a tenderle, con un cebo que le atraerá sin que pueda resistir la tentación
—contestó el joven firmemente.

CAPITULO XII

El viento soplaba con fuerza al atardecer y barría las nubes en el cielo, que aparecía de un color plomizo. Las olas rompían incesantemente contra los acantilados y las gaviotas revoloteaban casi frenéticamente, con incesantes graznidos que parecían formar el contrapunto de los tenues silbidos del viento.

Tranquilamente, sin mostrar apresuramiento, Moodson llegó junto a la cerca del pozo y descargó la mochila que llevaba a la espalda. Luego la abrió y extrajo un rollo de cuerda, que deslió parsimoniosamente. El garfio que había traído consigo quedó sujeto en la parte exterior de la cerca, en el mismo sitio que la vez anterior.

Del interior de la mochila, extrajo una bolsa más pequeña y una linterna, que colgó del cinturón. Luego salvó la cerca, probó la resistencia de la cuerda e inició el descenso a la cueva sin pérdida de tiempo.

Momentos después, ponía el pie en el lugar que ya conocía. Las señales del derrumbamiento del túnel eran fácilmente visibles. En el fondo de la cueva había estado constituido por los escombros procedentes de un hundimiento muy anterior, pero que sólo había provocado la destrucción de un pequeño tramo del túnel. Aquel delgado tabique había saltado a la presión y provocado la polvareda que él había visto desde la mina abandonada.

Una vez en la cueva, se dispuso a esperar. Sabía que el asesino iba a venir.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Moodson vio que se movía la cuerda que colgaba delante de la boca de la cueva. Inmediatamente, se preparó para recibir al visitante.

Unas botas aparecieron ante sus ojos, luego unas piernas cubiertas por unos pantalones oscuros y, finalmente, el resto del cuerpo y un rostro que le dejó pasmado.

—¡Bridget! —exclamó, atónito—, Pero ¿qué diablos haces aquí? La joven se balanceó, a fin de poder pasar a la cueva.

—Ayúdame, hombre —pidió—. ¿Es que quieres que me caiga al fondo del pozo? Moodson alargó una mano y asió uno de los brazos de la muchacha. Con un suspiro de alivio, Bridget puso el pie en terreno firme y se soltó de la cuerda que aún tenía en torno a la cintura.

—No me esperabas, ¿verdad? —sonrió. Moodson

se pasó una
mano por la cara.
—Has cometido una terrible imprudencia —le reprochó.
—No lo siento. Estaba muerta de curiosidad, te lo confieso sinceramente. Habría venido aquí de todos modos, a menos que me hubieses atado de pies y manos. Por fortuna, no se te ha ocurrido una idea semejante.
—No pensé en semejante posibilidad, de lo ocurrido, sí, te habría atado, como acabas de decir. ¿Es que no te das cuenta de que cometes una terrible imprudencia?
—¿Hay
riesgo de
muerte,
Tony?
Moodson
vaciló.
—No se puede asegurar —dijo al cabo—. Puede suceder cualquier cosa, pero, sea lo que sea, no resultará agradable.

—En todo caso, para él, imagino.
—Espero que sea así, Bridget.
—¿Crees que bajará aquí? ^- preguntó ella ansiosamente. El joven hizo un gesto de asentimiento.
—Tiene que morder el cebo —contestó.
—Estás muy seguro...
Moodson enseñó un papel que acababa de sacar del bolsillo.
—Es la carta que recibió Peggy Barstow, escrita con la misma mano que escribió el mensaje que acompañaba a la rata muerta. El cree que yo quemé la carta que me envió con la rata, pero no es así. La guardo, además de que su letra es fácilmente identificable. La carta que envió a Peggy es una prueba que le compromete gravemente.
—Suponiendo que se encuentre el cadáver de la pobre señora Barstow...
—Aparecerá en el momento oportuno —aseguró el joven.
Bridget le miró asombrada.
—Sabes dónde está —adivinó.
—En efecto, así es.
—No me habías dicho nada...
—Estimé que era preferible callar por el momento. Todavía no estaba seguro de su culpabilidad.
—V ahora, sí, por lo visto.
—Sin duda alguna, Bridget.
—No sé qué decir... Me siento tan confundida, Tony...
—Es lógico. No esperabas que sucediera una cosa semejante.
—Tú has averiguado muchas cosas y todavía no me explico cómo...
Bruscamente, Moodson agarró a la joven por un brazo, a la vez que se ponía el dedo ante los labios.
—Silencio, ya está ahí —dijo en voz muy baja.
Bridget se volvió. Un escalofrío de terror reconoció su cuerpo al ver que la cuerda que había utilizado para bajar se agitaba como una serpiente viva.

* * *

Moodson dio un paso hacia adelante, pero antes de que pudiera hacer nada, la cuerda se precipitó al vacío.
Algo pasó silbando oscuramente por delante de la boca de la cueva. El joven pudo ver, durante una fracción de segundo, una pesada piedra atada al otro extremo de la cuerda, que desapareció casi instantáneamente de su vista.

Momentos después, oyó el choque de la piedra contra el fondo del pozo. Arriba sonó una burlona carcajada.

—Moodson, ¿me oye bien? —preguntó alguien.

—Perfectamente, Barnand —contestó el joven—. Esta vez, parece, ha aprendido bastante. No ha querido que yo pudiera agarrar la cuerda, como en la ocasión anterior,
¿eh?

—Pensé que lo intentaría. Esta vez, la piedra le habría arrastrado al fondo, aunque no

lo lamento, porque así voy a tener la ocasión de charlar un rato con usted. He sido hom- bre prevenido y, por si me fallaba el truco de la piedra, traje otra cosa para acabar con un impertinente entrometido, que está a punto de estropearme el mejor negocio de mi vida.

—¿Se refiere a la mina abandonaba, Richard? Usted ya intentó matarme allí, pero lo único que consiguió fue provocar el hundimiento de un pozo de acceso y de un túnel viejísimo. ¿Sabe para qué lo construyeron?

—¿Por qué no lo
explica usted?

—Aquí, en Cornualles, siempre existieron minas de estaño. Hace tres mil años, los fenicios ya venían en busca de ese preciado mineral que, en aleación con el cobre, produce ese metal tan excelente llamado bronce. Los romanos también venían aquí en busca de estaño... y esta mina, aunque más reciente, tuvo una particularidad durante algún tiempo. El estaño, a veces, aparece mezclado con la plata y hace doscientos años, se encontró un filón muy productivo.

«Sucedió que el antepasado de Dohane tenía un socio, nada menos que el rey Jorge III, pero cuando encontró la plata, se dio cuenta de que iba a tener que pagar demasiado y decidió quedarse para sí la mayor parte de los beneficios. Por eso hizo construir el túnel, a costa de la vida de decenas de infelices, para llegar hasta este pozo y sacarlo del país de contrabando.

»Fuera había una potente cabria que hacía descender los bloques de mineral en bruto, para su exportación clandestina a Francia. Pero una cosa así no se puede mantener mucho tiempo en secreto y sir Brian Dohane acabó en la horca, como defraudador de impuestos. Pero el mineral que había extraído no se encontró jamás.

—Usted sabe dónde está, sin duda —gritó Barnand desde el borde
del pozo.

—Sí, aquí abajo, unos cuantos cientos de toneladas de mineral muy rico en plata. En el fondo había otro túnel que comunica con la base de los acantilados, pero el tiempo y la erosión del oleaje lo han cegado casi por completo. Alguien, que conocía la historia, tuvo la idea de colocar unos peldaños de metal, para descender hasta el fondo, pero no tuvo tiempo de completar su obra.

—Se refiere a
Dohane, claro.

—Exactamente. ¿Sabe que lo han arrestado por el asesinato de su esposa y del amante de ésta?

—La noticia corre de boca en boca por todas partes, Moodson.

—Pero lo que usted no sabe es

que Dohane ha hablado. Barnand lanzó una espantosa maldición.

—¡No es verdad!

—gritó.

—Dejando de lado el hecho de que cometiera dos asesinatos, Dohane empezaba ya a sentir remordimientos de conciencia. Usted, buscando el mineral, encontró la cueva y los esqueletos y, suponiendo lo que había sucedido, empezó a hacerle chantaje, para que reclamase unos terrenos, hacia los cuales tenía unos derechos más que dudosos. Bridget se enteró y quiso pleitear y usted se brindó para defenderla, para, así, ganar el caso legalmente y entonces tener ocasión de moverse sin dificultad por Seaside Plain y, con el tiempo, extraer los cientos de miles de libras que vale la plata que hay allá abajo.

»Ahora bien, las cosas se le complicaron cuando alguien empezó a olfatear el asunto y quiso meter la mano en el pastel. Tuvo que eliminar a Kipple, porque le amenazó con

hablar, luego a Peggy, que se ponía demasiado molesta... y también a Sheakey, quien había hecho una excursión secreta al fondo del pozo y sabía lo que hay allá abajo. Sheakey sabía conocer los minerales, pero, en cambio, tenía la lengua muy suelta y habló demasiado en el hotel de Edith *la Calva.* Usted solía ir allí con mucha frecuencia, si mis informes son correctos.

—Pero yo no dije nada de lo que había averiguado sobre Sheakey —vociferó Barnand.

—Es lógico, usted sabía ser discreto. Pero no quería competencia y tuvo que eliminar también al imprudente Sheakey. ¿Me equivoco?

—Moodson, por favor, dígame una cosa: ¿Cuándo empezó a sospechar de mí?

—Cuando empezó a dar largas al asunto de los documentos de Bridget, documentos que se perdieron muy oportunamente, en un salto que no existió jamás, sino en su imaginación. Usted sabía que esos documentos se pueden reproducir, pero quería ganar tiempo para ver si yo abandonaba el caso, puesto que me consideraba su único enemigo, y perdone la inmodestia.

—Es muy cierto —convino Barnand—. Su maldita estancia en Buthbury ha echado a perder un magnífico negocio.

—No lo siento en absoluto, Barnand. Por cierto, alguien le dijo que se había encontrado la nota que dirigió a Peggy y que la tenía yo, ¿verdad?

—¿Es cierto?

—También conservo la carta que me envió con una rata muerta. Edith lo hizo por indicación mía. A ella no le gustan los asesinos, Richard. Y a Bridget tampoco le gustan las personas que envenenan a los perros,

—No se ha dejado usted detalle, ¿verdad? —dijo Barnand sarcásticamente.

—El instinto de los animales no suele fallar y «Shank» presentía que usted quería hacer daño a su ama, aunque aparentaba luchar por su causa. Odiaba al perro y lo mató.

—Ella no lo sabrá jamás, Moodson. Tampoco volverá a verle nunca.

Bridget abrió la boca para decir algo, pero el joven se la tapó rápidamente con una mano.

Ella comprendió que no quería que Barnand se enterase de que estaba a su lado e hizo señas de que guardaría silencio. Moodson aflojó la presión de su mano.

—Richard, ¿está ahí? —gritó.

—Sí, estoy preparando la despedida —contestó Barnand—. Ya le dije que había venido prevenido, por si fallaba el truco de la cuerda con la piedra.

—¿Qué es lo que va a hacer usted? —preguntó Moodson.

—La leyenda dice que ese pozo es una tumba sin fondo. Ahora tendrá ocasión de comprobarlo.

Moodson frunció el ceño, muy intrigado por las intenciones de Barnand que no conseguía averiguar. Súbitamente, oyó un ligero siseo y, casi en el acto, vio algo que le puso los pelos de punta.

Un paquete de cartuchos de explosivos descendía de las alturas, atado a una cuerda. La mecha despedía chispas y siseaba fuertemente, ya a muy corta distancia de su objetivo.

Bridget lanzó un grito y Barnand lo oyó.

—¡Bridget! —aulló—. ¿Qué haces ahí abajo?

Moodson saltó hacia adelante. Sabía que le quedaban segundos

tan sólo. Alargó ambas

manos y tiró de los explosivos hacia abajo con todas sus fuerzas.

Un horrible alarido sonó instantáneamente. El paquete de cartuchos descendió velozmente hacia abajo, precediendo en unos pocos metros a la sombra oscura que caía de lo alto. Moodson, aunque asombrado, conservó sin embargo la suficiente presencia de ánimo para abrazar a la muchacha y empujarla hacia el fondo de la cueva.

La explosión se produjo instantes después y tuvo efectos parecidos a los de un gigantesco cañón disparado desde abajo.

Hubo un fuerte temblor de tierra. Cayeron rocas del techo, aunque no sufrieron daños apreciables. Abajo, en el fondo del pozo, se produjeron una serie de horribles crujidos, que indicaban un hundimiento parcial en alguna parte.

Poco a poco, volvió el silencio. Moodson se puso en pie y ayudó a la muchacha a levantarse del suelo.

—¿Estás bien? —preguntó.

Bridget asintió en silencio. No podía hablar.

El humo de la explosión ascendió, cada vez menos denso, y pasó por delante de la cueva. Al cabo de unos momentos, Moodson se acercó al borde y miró hacia abajo.

—¡Mira, Bridget! —gritó, enormemente asombrado por el extraño fenómeno que se percibía a unos cien metros de profundidad.

El fondo del pozo brillaba con un extraño resplandor rojo, como si fuese vidrio pintado de dicho color. Bridget se sentía estupefacta.

—Tony... eso parece la entrada del infierno... Quizá tenían razón los que aseguraban que este pozo no tenía fondo... porque acabar en el infierno es como no tener fondo, ¿no crees?

Moodson no contestó por el momento. Había levantado la vista al cielo y sonrió al verlo enrojecido por el fulgor del ocaso.

El color de! cielo se reflejaba en el agua que había ahora allá abajo. Moodson comprendió que la explosión había producido un hundimiento del suelo, en el fondo del pozo, y el agua había penetrado hasta allí.

Si sus suposiciones eran ciertas, Bridget podía salir muy perjudicada, se dijo.

—Lo siento, pero si pensabas en la plata... sospecho que se ha perdido, aunque tal vez, con medios apropiados, se pueda extraer...

Ella hizo un enérgico gesto con la cabeza.

—No bajaré más a este pozo ni permitiré que nadie descienda. En cuanto el juez dicte sentencia, ordenaré cegarlo definitivamente y no como quería Dohane.

—Dohane pretendía sacar también la plata, puesto que asimismo había estado en el archivo del municipio. La torre que pensaba levantar, ocultaría a la vista los trabajos de extracción, que deseaba

mantener en secreto.

—Estaba arruinado.

—Sí. No pensaba vender las tierras para edificar; calculaba que ganaría más con la plata. Pero...

—Eso importa poco ya ahora —le interrumpió Bridget—. En lo que de mí depende, prefiero las ovejas, Tony. ¿Y tú?

—Bueno, acabaré de reponerme y tendré que volver a Londres, a mi bufete. Bridget, dime, ¿necesitarás estar aquí todo el tiempo, para cuidar de los rebaños?

—Oh, no, el acuerdo es que yo financiaré la compra de reses y Paxton se cuidará del resto. No necesitaré permanecer en Buthbury constantemente.

—Eso nos permitirá vernos con frecuencia, Bridget.

—Siempre que tú quieras. Tony.

—Me parece que nos veremos muy a menudo. Y por poco que pueda, a diario, todas las mañanas, a mediodía, por la noche...

—Eso les sucede a los casados, ¿no? —sonrió ella.

—Exactamente.

—Pero no podemos realizar esos proyectos si no salimos de aquí. ¿Vendrá a sacarnos tu amigo el policía?

Moodson se echó a reír.

—La explosión habrá hecho ruido y acudirá la gente, pero nosotros habremos salido antes —dijo, al mismo tiempo que empezaba a desenrollar la cuerda que llevaba bajo el chaquetón—. Tengo también otro gancho y podemos repetir la operación anterior. ¿Te parece bien?

—Estupendo, Tony —contestó Bridget.

F I N



11736
9 788402 025135
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.
Impreso en España